



«INTRIGA, AMOR,
SENSUALIDAD Y UNA
BUENA DOSIS DE CARCAJADAS...»
—CONNIE JETT, Escritora

ANTES DE QUE DIGAS **ADIÓS**

VICTORIA VÍLCHEZ

McGraw
Kiwi
ebooks



«INTRIGA, AMOR,
SENSUALIDAD Y UNA
BUENA DOSIS DE CARCAJADAS...»
—CONNIE JETT, Escritora

ANTES DE QUE
DIGAS ADIÓS
VICTORIA VÍLCHEZ

Kiwi
ebooks

Créditos

EDICIONES KIWI, 2013

www.edicioneskiwi.com

Editado por Ediciones Kiwi S.L.

Ebook publicado: 1 Noviembre de 2013

© 2013 Victoria Vílchez

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: Istockphoto

© 2013 Ediciones Kiwi S.L.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

A Fayna,

por estar siempre para mí.

1

—¿Y ese? —dijo Lola, señalando a un chico rubio que acababa de salir de la piscina. Negué con la cabeza—. Pero si es perfecto.

No sé quién de las dos estaba más harta de aquel juegucito, si ella, que se empeñaba en encontrar un tío que me gustara, o yo, que no tenía intención alguna de liarme con nadie.

—Vamos, Lola —repliqué, al darme cuenta de que babeaba—, cierra la boca de una vez. No se acerca ni de lejos a la palabra perfección: juraría que el rubio no es natural, tiene el culo plano y, de esto no estoy segura, pero creo que el tatuaje del hombro es de pega.

Mi amiga se volvió hacia mí con el ceño fruncido y su clásica expresión de «no me revientes la fiesta». La ignoré y volví a tumbarme en la hamaca.

—Bruja —farfulló entre dientes.

—Te he oído.

Se puso las gafas de sol y se acomodó en su tumbona. Me recordó a Uma Thurman en Pulp Fiction, con su corta melena morena y completamente lisa a pesar de la humedad.

—No lo entiendo, Ari. Llevas un año pasando de todo tío que se te acerca, y de los que no se te acercan también. —Traté de seguir ignorándola, consciente del discurso que se avecinaba—. No me digas que no te apetece darle una alegría al cuerpo.

—Estoy bien así. Eres tú la que parece necesitar con urgencia un buen repaso —le espeté, con un tono de voz algo más duro de lo que esperaba.

—No cambies de tema.

—No lo hago —protesté, dedicándole una sonrisa inocente que no me sirvió de nada.

—Lo haces y muy mal, añadiría.

Se cruzó de brazos, enfurruñada, como si en vez de veintiún años tuviéramos siete y le hubiera robado su juguete preferido.

—No debes ni acordarte de cómo se hace —dijo, tras convencerse de que no iba a seguirle el juego.

Puede que fuera verdad. Mi desencanto respecto al género masculino había ido aumentando a lo largo del último año. Todo había empezado a asemejarse a una mala novela romántica que se repitiera una y otra vez: chico conoce a chica, a chica le gusta chico, chico se muere por ponerle las

manos encima a la chica, chica cree que siente algo por él, chico también... chico conoce a otra chica, chica se da cuenta de que el tipo es un imbécil y fin de la historia. Eso cuando no era la chica la que conocía a otro chico.

Resumiendo: que me había hartado. Dada mi estrepitosa carrera amorosa, había decidido plantarme y dejar de complicarme la vida. En honor a la verdad, tendría que decir que mi voluntad a veces flaqueaba, pero por norma general llevaba bastante bien la castidad autoimpuesta.

—Me acuerdo perfectamente —afirmé, no del todo convencida.

—Vale, porque vas a tener oportunidad de demostrarlo —se jactó con una sonrisa maliciosa asomando en sus labios—. Por ahí viene un morenazo perfecto para ti.

Seguí la dirección de su mirada y salté de la hamaca cuando me di cuenta de a quién pertenecían aquel par de ojos verdes que me estaban observando con descaro.

—¡Lucas! —Me arrojé en sus brazos y él me alzó del suelo, envolviéndome con los suyos.

Tras unos segundos, escuché el carraspeo de Lola a mi espalda. Lucas me dejó en el suelo y se apartó para dedicarme una larga mirada.

—Dime que bailarás conmigo —murmuró, dedicándome su mejor sonrisa torcida, esa que usaba para que las chicas dejaran de respirar a su paso.

—Antes de que digas adiós —recité en respuesta, tal y como hacía cada vez que él me lo preguntaba.

Su cara se iluminó al escucharme. Le guiñé un ojo antes de girarme hacia Lola, que había permanecido en silencio durante nuestro peculiar saludo.

—Lucas, esta es Lola —los presenté, reprimiendo la risa ante la expresión perpleja de mi amiga—. Lola, este es Lucas.

—Encantado, Lola.

Mi amiga, que continuaba recostada en la hamaca, asintió con la cabeza, desarmada por la pícara sonrisa de Lucas. Puse los ojos en blanco, consciente de que esa era la reacción típica de la mayoría de chicas, e incluso de algunos chicos, al conocerlo. No podía negar que era una respuesta lógica. Su metro ochenta, el pelo moreno despeinado, un cuerpo prácticamente perfecto (que yo sabía que mantenía a base de natación y jogging) y la seguridad que destilaba eran, entre otras, razones de peso para

provocar que desviaras la vista a su paso para asegurarte de que no te lo estabas imaginando. Incluso la cicatriz que adornaba su ceja izquierda, en lugar de afeitar su rostro, le otorgaba un mayor atractivo.

Lo había conocido al iniciarse el curso pasado, e inmediatamente nos habíamos hecho amigos. Compartíamos ratos de estudios en la biblioteca y salidas a cenar o al cine, siempre que él no hubiera quedado con alguna de sus muchas conquistas. No puedo decir que no se mereciera la fama de mujeriego de la que gozaba en la facultad. Pero nosotros éramos amigos, solo eso.

—Encantada —farfulló al fin Lola.

Mi amiga desvió la vista de Lucas para mirarme, enarcando la cejas de forma interrogante. Estaba claro que iba a tener que darle muchas explicaciones. Ella había oído hablar de Lucas en muchas ocasiones, pero puede que yo hubiera obviado algunos detalles de su físico con la esperanza de que ella no me machacara al respecto.

—No esperaba encontrarte aquí —afirmó Lucas, reclamando nuevamente mi atención.

—Quedan dos semanas para que comiencen las clases. Lola tendrá que regresar a Londres y yo a Madrid. Pensamos que nos vendrían bien unos días de descanso antes de volver a la cruda realidad.

—En realidad —intervino Lola—, teníamos la esperanza de conseguir que Ari se diera un buen revolcón y dejara de comportarse como una amargada.

—¡Lola! —la reprendí, mientras Lucas rompía a reír a carcajadas. Aquello era la venganza de mi amiga por lo que le había ocultado, y seguramente no se iba a contentar con eso.

—Nada serio —continuó ella—, ya sabes, con un rollete de una noche sería suficiente.

—Suerte con eso —señaló Lucas—. No creo que le falten voluntarios...

—Estoy aquí —dije, y levanté la mano por si habían olvidado que me encontraba presente.

El chico del tatuaje, del que momentos antes Lola me había intentado vender sus bondades y atractivos, llamó a Lucas desde el otro lado de la piscina.

—He de irme. —Me acercó a él para darme un beso en la mejilla—. Esta noche organizamos una fiesta en la casa de un amigo, luego te envió un mensaje con la dirección.

—Cuenta con nosotras —aceptó con rapidez Lola—. Puede que aún haya esperanza para Ari.

El resto de la tarde, Lola se dedicó a someterme a un completísimo tercer grado que ya quisieran los de la CIA. Cuando se ponía así, me recordaba a uno de esos perros que pasa horas enteras con un hueso roído entre los dientes y gruñe cada vez que alguien intenta quitárselo de la boca.

—Para que yo me entere, ¿has estado quedando durante todo el curso con ese semidios del sexo y no te lo has montado con él? —me increpó a través de la cortina de la ducha.

Mi amiga me había seguido hasta el baño y se había atrincherado entre la bañera y la puerta, sin concederme siquiera el beneficio de una ducha reparadora. No pude evitar suspirar ante la enésima vez que formulaba la misma pregunta. Solo iba cambiando algunas palabras, entre ellas, los adjetivos que empleaba para describir a Lucas. Todos, para que negarlo, bastante gráficos.

Apartó la cortina y me lanzó una mirada inquisitiva, algo así como un: «no me lo trago, Ari». Me sentí culpable. Había algo que no le había contado a Lola, algo que me había esforzado por olvidar.

—Bueno... —titubeé, y mi tono de duda azuzó su espíritu detectivesco, condenándome.

—Lo sabía, lo sabía, lo sabía —repitió, exhibiendo una sonrisa triunfal.

—No es lo que crees —traté de desdecirme, pero ya era demasiado tarde.

Después de *El incidente* —que es como yo lo había bautizado—, había procurado no pensar en ello. No me servía de nada darle vueltas a algo que había acabado casi antes de empezar. No cuando se trataba de Lucas.

Pero en ese momento, con Lola rebuscando más y más hondo en mis recuerdos, sabía que iba a ser imposible huir una vez más de lo sucedido. Mi amiga no descansaría, ni me dejaría descansar a mí, hasta que le hubiera contado absolutamente todos los detalles.

—Ya puedes empezar a largar.

—¿Puedo al menos terminar de ducharme y vestirme? —rogué—. Vamos a llegar tarde.

Habíamos apurado los últimos rayos de sol en la piscina, antes de recoger y volver al apartamento que sus padres poseían en el sur de Tenerife. Y desde el momento en que Lucas me hizo llegar un mensaje con la dirección en la que se celebraba la fiesta, todo fueron prisas para

prepararnos.

—Ni lo sueñes. Creo que esto bien merece que nos retrasemos un poco

—apuntó con gesto travieso.

—Está bien —acepté finalmente.

—No escatimes detalles.

—Como si eso fuera posible contigo —bufé, exasperada.

Me resigné a terminar de lavarme el pelo mientras le contaba a mi mejor amiga por qué haberme enrollado con Lucas se había convertido en mi más oscuro secreto.

2

El día de mi vigésimo primer cumpleaños no tenía grandes planes, estaba demasiado ocupada con los exámenes del primer cuatrimestre para molestarme en preparar una fiesta o celebrarlo de cualquiera de las maneras. Así que al llegar al piso de Lucas, se me desencajó la mandíbula al encontrármelo lleno de gente, globos de colores y una gran pancarta colgada en mitad del salón.

Todo el mundo se había vuelto en dirección a la puerta, gritando y aplaudiendo. Lucas, que se había aliado con Alba, mi compañera de piso, se acercó hasta mí y me envolvió con sus brazos. La mezcla de su colonia y el aroma de su piel me aturdió los sentidos cuando escondí la cara en el hueco de su cuello, avergonzada por el inesperado recibimiento.

—Felicidades, princesa —susurró en mi oído.

Su boca permaneció unos segundos más de lo estrictamente necesario rozándome el lóbulo de la oreja y, aunque creía estar inmunizada frente a sus innumerables encantos, no pude evitar que mi corazón se acelerase.

—¿Cuándo has preparado todo esto? —le pregunté, tras separarme de él.

Esa misma tarde Lucas y yo debíamos presentarnos a un examen de Microbiología. Al entrar en el aula había buscado su cara entre los alumnos, sin éxito.

Desechó mi pregunta con un gesto de su mano, restando importancia al hecho de que aquello iba a repercutir de forma negativa en su expediente.

—No deberías... —le regañé. Miré a mi alrededor y distinguí a varios compañeros de laboratorio dando buena cuenta de las existencias de alcohol.

—No parecía que fueras a celebrarlo, y todos agradecen tener un pretexto para escaquearse de la biblioteca.

—Y que lo digas —repliqué, consciente de que mis amigos y los suyos tampoco es que necesitasen excusas para montarse una buena juerga.

—Dime que bailarás conmigo —me pidió, atrayéndome de nuevo hacia él.

Sus manos ciñeron mi cintura con naturalidad. Tal vez otra se hubiera sonrojado, pero yo lo conocía demasiado bien.

—Antes de que digas adiós.

El último baile siempre se lo dedicaba a él, pasara lo que pasara.

Siempre me buscaba antes de marcharse y bailábamos juntos una única canción. Luego él era libre de perderse con el ligue de esa noche. Alba decía que era algo enfermizo por nuestra parte. Y en alguna ocasión, la chica elegida por Lucas se marchaba indignada por nuestro proceder. Pero para nosotros era una forma de despedirnos como otra cualquiera.

Lucas puso en mi mano una cerveza helada y, con una sonrisa, se marchó con mis libros y mi bolso para ponerlos a salvo de lo que seguramente terminaría por convertirse en una de sus épicas fiestas. Una morena, a la que no reconocí, ataviada con un vestido que dejaba más bien poco a la imaginación, se lanzó tras él. Podría jurar que iba relamiéndose mientras se abría paso entre la gente para seguirlo.

Eran como una plaga. Lucas contaba con una auténtica legión de fanáticas que babeaban a su paso y a las que yo no les caía precisamente bien. Si alguna de ellas había venido a mi fiesta, no era precisamente porque quisiera desearme un feliz cumpleaños. Podía entenderlas en parte, no solo porque Lucas fuera muy atractivo, sino porque además era encantador. Pero si se hubieran molestado en conocerlo un poco más, hubieran sabido que nunca repetía chica, por lo que todo a lo que podían aspirar era a pasar una noche en su cama y luego decirle adiós definitivamente.

La gente fue acercándose para felicitarme y, durante algo más de un hora, agradecí su asistencia y recogí regalos de todo tipo. Hasta que Alba se empeñó en aderezar la celebración con varias rondas de chupitos. Decir que mi compañera de piso era pésima preparando combinados era quedarse corta; sus chupitos resultaron ser armas de destrucción masiva.

Los universitarios, que no eran muy selectivos con el alcohol, no les pusieron pegas. La música fue subiendo de volumen, el salón —casi sin mobiliario para la ocasión— se fue convirtiendo en una pista de baile y yo, poco habituada a mezclar bebidas, pasé de estar achispada a borracha en menos de lo que tardaron las parejitas en comenzar a meterse mano por los rincones de la casa.

—Los vecinos terminarán por llamarnos la atención —grité frente a Alba, en un ataque de responsabilidad.

Acto seguido me entró la risa floja, por lo que la pretendida reprimenda se diluyó al ritmo de la canción que sonaba. Alba despejó la mesa de las bebidas y el picoteo, el único mueble de la sala, y me lanzó una mirada desafiante.

—Es la tradición —me animó.

Yo lo sabía. En algún momento, que ni siquiera los más veteranos recordaban, se había instaurado en la facultad la costumbre de que el anfitrión de una fiesta debía marcarse un bailecito encima de cualquier superficie horizontal y elevada que hubiera disponible, a ser posible, un baile *hot*, como lo llamaban algunos. Los chicos tendían a quitarse la ropa en la mayoría de las ocasiones, mientras que las chicas solían ser algo más recatadas y brindaban únicamente un baile algo subido de tono.

Alba me empujó hacia la mesa, atrayendo la mirada de los asistentes, que comenzaron a silbar y a avivar los ánimos, ya de por sí enardecidos. Era una venganza justa. Yo me había asegurado de que mi compañera de piso no escurriera el bulto un mes atrás en su propia celebración, y ella ahora me devolvía el favor. Me tendió otro chupito para darme valor y me lo tragué sin pestañear, a pesar de que era obvio que no lo necesitaba. Tenía suficiente alcohol en sangre para fundir un alcoholímetro con mi aliento.

Tras encaramarme a la mesa, busqué a Lucas entre los rostros expectantes que me contemplaban. No había vuelto a verlo desde que me recibiera al entrar, pero sabía que no podía andar muy lejos. Estaba segura de que me iba a estar recordando aquel momento al menos durante un par de semanas. Pero eso no me detuvo.

Cuando *You can leave your hat on*, la canción de la película «Nueve semanas y media», comenzó a sonar a través de los altavoces, me dejé llevar por el insinuante ritmo de la melodía. Alba, sin duda, estaba disfrutando de su venganza y yo... Bueno, yo tenía uno de esos instantes en los que crees que puedes conseguir todas y cada una de las cosas que te propongas.

Adecué los movimientos de mis caderas al retumbar de los graves y los silbidos se extendieron como una marea. Cerré los ojos durante unos instantes, mientras me deshacía con deliberada lentitud de la camisa vaquera que llevaba sobre otra de tirantes blancas. No pensaba pasar de ahí, por muy cumpleaños mío que fuera.

Abrí los ojos de nuevo y me solté el apretado moño en el que había recogido mi melena castaña por la mañana, dejando que las ondas se esparcieran sobre mi espalda. Mi mirada vagó hasta encontrarse con un par de ojos verdes que no perdían detalle de lo que estaba sucediendo. Lucas estaba al fondo del salón, apoyado contra la pared, y me observaba

frunciendo el ceño. Tenía el pelo revuelto y los labios ligeramente abiertos, como si le costara respirar.

No puedo decir que antes de aquella noche nunca me hubiera planteado que pudiera ocurrir algo entre nosotros, pero él nunca dio muestras de interesarse por mí de esa forma, y yo creía que la relación de amistad que manteníamos era lo mejor que me había pasado desde hacía mucho tiempo. Si a eso le sumaba que llevaba tiempo renegando de los tíos, no había mucho más que discutir. Pero en aquel momento, la intensidad con la que me contemplaba me descolocó. Jamás me había mirado así.

Le di la espalda a Lucas y al resto del público, aunque mi fantasía desbocada ya había eliminado a todos los invitados y lo había convertido en un baile privado para él, y me contoneé de forma sugerente al mismo tiempo que deslizaba las manos por mis muslos. Sentía su mirada clavada en mi nuca, o puede que tal vez más abajo.

Me bajé de la mesa de un salto, dando por finalizado el espectáculo y radiante por haber conseguido llamar la atención de Lucas. Se oyeron gritos de protesta. Allí, de pie entre la gente, todos mis principios y mi estricta relación de amistad con Lucas se tambalearon. Alba me rescató de lo que quiera que mi mente se estuviera planteando y me puso una copa en las manos. Le di un buen trago.

—Creo que la mitad de los tíos no caben en sus pantalones —se rió mi compañera de piso, alabando mi bailecito.

—¿Y la otra mitad? —inquirí entre risas.

—Deben ser gays.

Alba dio su revancha por buena y me arrastró hasta el centro de la improvisada pista. Leo, el chico con el que formaba pareja de laboratorio en las prácticas de fisiología animal, me agarró por la cintura y me obligó a dar varias vueltas sobre mí misma.

—Quiero uno de esos bailes para mí solito —comentó con ese descaro tan propio de él.

Sacudí la cabeza, negando, pero sin poder reprimir la risa, y el gesto convirtió la habitación en un borrón. Mi compañera de piso se colgó de su espalda y supe, por la forma en que enarcaba las cejas, que acaba de tener una de sus geniales ideas, de esas en las que yo siempre terminaba metida en un lío.

—¿Ves aquella botella de ron? —Alba señaló el suelo y Leo asintió—. Si te la bebes entera, Ari te concederá ese privilegio.

—Ni de coña —exclamé. Pero Leo ya corría hacia ella.

—Diez pavos a que pota antes de beberse la mitad —propuso mi amiga cruzándose de brazos.

—Acepto —respondió Lucas por mí, que había aparecido junto a nosotras—. ¿Qué le habéis prometido al pobre infeliz para que beba con ese frenesí?

Leo ya había agarrado el ron, y se lo estaba tragando casi sin pararse a respirar.

—Ari bailará para él. En privado.

La sonrisa de complacencia que Lucas exhibía segundos antes desapareció de inmediato y se giró hacia mí con expresión hermética. A esas alturas de la noche, todo lo que me rodeaba ya había comenzado a dar vueltas. Se me escapó una risita al darme cuenta de que había tres Lucas mirándome completamente serios.

Él no dijo nada. Dio media vuelta y se dirigió a Leo, que había ingerido la mitad de la botella, pero ya no tragaba con tanto entusiasmo, y se la arrancó de las manos. Acto seguido, y antes de que nadie pudiera detenerlo, terminó lo que Leo había empezado.

—¡Eh! Eso es trampa —censuró Alba, mientras Lucas regresaba con nosotras.

—No me des las gracias —gruñó él al pasar por mi lado.

Miré a mi amiga, que al parecer también había escuchado el comentario malhumorado de Lucas.

—¿Qué mosca le ha picado?

—Esos dos nunca se han llevado bien —comentó Alba. Alzó los hombros para dejar claro que ni conocía los pormenores de su enemistad ni le importaba.

La dejé en brazos de Nykko, un estudiante de intercambio noruego que no debía haberse visto en una fiesta igual y que parecía derretirse ante la presencia de mi amiga, y me abrí paso, intentando seguirle la pista a Lucas. Antes de llegar al pasillo, algún iluminado me había bañado de pies a cabeza con sidra, o champán en el mejor de los casos. Adiós a la ocasión especial para la que Lucas estuviera reservando esa botella.

Encontré a mi amigo en su habitación, sentado en el suelo y con cara de estar incluso más borracho que yo. Cerré la puerta tras de mí y me planté delante suyo. Él ni tan siquiera levantó la cabeza.

—¿De qué va este rollo? —le pregunté sin rodeos.

—Leo es un mierda, te he ahorrado tener que soportar su babeo mientras tú... —gesticuló con las manos, señalándome con cierto desprecio—. Lo que sea.

En realidad no estaba enfadada. Lucas a veces pecaba de protector conmigo, y esta solo había sido una vez más. Pero su gesto me hizo apretar los dientes.

—Mira quién fue a hablar, el que cambia de chica casi más a menudo que de camisa —le reproché, con la rabia ascendiendo por mi garganta—. No creo que seas el más adecuado para juzgar a los demás.

—¿Desde cuándo te dedicas a apostarte tu cuerpo?

Palidecí ante la pregunta.

—¿De qué me estás acusando, Lucas? ¿Qué demonios te pasa?

—Responde a la pregunta —me ordenó con tono brusco.

—Estás borracho —constaté indignada, a pesar de que yo no me encontraba mejor.

—¿Y tú no? Hueles como una maldita destilería.

Solté una carcajada, más debida a la irritación que sentía que a que encontrara la situación graciosa. La cabeza me daba vueltas, o puede que fuera el resto del mundo lo que no dejaba de girar, la ropa se me pegaba al cuerpo y Lucas se estaba comportando como un imbécil.

«¡Feliz cumpleaños, Ari!», cantó una voz en mi mente.

Me deshice de la camiseta mojada sin ningún pudor y me desabroché el botón de los vaqueros. Fui hasta su cómoda y abrí un cajón, dispuesta a coger cualquier cosa seca que encontrara.

Lucas se levantó y cerró el cajón de un puñetazo. El golpe resonó no solo en la habitación, sino también en mi cabeza. Su desproporcionada reacción terminó de sacarme de quicio.

—¿De verdad me estás juzgando? —le interpele, encolerizada—. Tú, precisamente tú, que eres incapaz de mantener una relación normal, que te follas a cualquier tía que se te ponga delante y al día siguiente te olvidas de ellas y las dejas tiradas.

Su mirada fue perdiendo brillo, hasta que sus ojos se volvieron de un verde opaco, pero yo había cogido carrerilla y continué con mi pequeña diatriba.

—Deberías felicitarme por mi actitud —afirmé con cinismo—. ¿O es porque yo soy una chica? ¿De eso se trata?

Sabía que mis comentarios le habían hecho daño y, aunque quería retirar

lo que había dicho tan pronto como salió de mi boca, me quedé plantada frente a él sin decir nada para arreglarlo. Cabezota hasta el final.

—Eres imbécil, Ari.

—Bueno, al menos no soy una zorra —alegué con sorna—, que es lo que parecía que me estabas llamando.

Podría decir que el alcohol hablaba por mí, y puede que llevara algo de razón. Pero además de eso, detectaba cierto tono de resentimiento en mi voz.

Lucas se sentó en la cama y escondió la cabeza entre las manos. Por un momento pensé que iba a vomitar.

—Ponte algo, ¿quieres?

Bajé la vista y me encontré con el precioso sujetador que llevaba puesto. Aun viendo triple, fui consciente de que, además de estar empapado, era demasiado transparente como para andar por ahí sin nada más encima. Pero no contenta con mi penosa actuación anterior y contradiciendo la voz sensata que me rogaba que hiciera caso a Lucas, me lancé hacia la puerta de la habitación con la decisión firme de largarme de inmediato de su casa.

En cuanto se percató de mis intenciones, se abalanzó tras de mí y se aferró a mi brazo para detenerme.

—¿No has oído nada de lo que he dicho? —gritó como loco. Me agarró de los hombros y se encaró conmigo.

Tenía los ojos vidriosos y enrojecidos, e incluso parecía que le costaba mantenerlos abiertos. Me soltó para ir en busca de algo de ropa, pero en cuanto se dio media vuelta me quité a toda prisa los pantalones, dejando a la vista unas braguitas a juego con el sujetador. Si creía que podía decirme lo que tenía que hacer, se equivocaba.

3

En aquel momento, yo creía que mi mente actuaba de forma racional. Aunque a la mañana siguiente, con una resaca de las que hacen historia, me diera cuenta de que me había comportado como una auténtica desquiciada.

Lucas me alcanzó justo cuando me disponía a salir de su dormitorio. Me acorraló contra la puerta, situando las manos sobre la madera y ejerciendo presión con todo su cuerpo para evitar que pudiera moverme. Tenía su pecho contra mi espalda, y el calor que emanaba de su cuerpo traspasaba incluso su camiseta.

—Mierda, Ari —farfulló sobre mi cuello.

Su aliento me erizó la piel, y me removí inquieta por albergar pensamientos que en ningún caso me perdonaría tener en ese momento, medio desnuda y con Lucas tan cerca de mí.

El movimiento de mis caderas provocó que Lucas se apretara más contra mí y, o bien llevaba el móvil en el bolsillo delantero de los vaqueros, o su cuerpo lo estaba traicionado. Por el gemido que se le escapó, me imaginé que se trataba de lo segundo.

—Si quieres irte de tu fiesta de cumpleaños, puedes hacerlo —articuló con esfuerzo—. Pero ponte algo de ropa, por favor.

A la mierda la fiesta de cumpleaños, pensé, y empujé las caderas levemente hacia atrás. No, definitivamente no era su teléfono.

—Ari —gruñó en mi oído.

Todas las alarmas interiores, o al menos las que no se habían fundido con el alcohol, se encendieron. Si había habido un momento en el que debería haber desistido de mi locura, fue aquel. Pero percibir las yemas de sus dedos deslizarse por mis brazos y mis hombros, para luego trazar líneas sobre mi espalda, arrasó con la escasa lucidez mental que me quedaba.

La boca de Lucas sustituyó a sus manos. A pesar de no poder verlo, podía imaginar a la perfección los movimientos de sus labios carnosos y húmedos sobre mi piel. Me estremecí cuando alcanzó mi cuello y se empleó a fondo con el lóbulo de mi oreja.

—Lucas —gemí, sin poder evitarlo—, esto está mal.

—Muy mal —confirmó él, pero no se detuvo.

—So... somos... amigos —tartamudeé, excitada por sus besos.

—Íntimos —puntualizó.

Desabrochó mi sujetador y se quitó la camiseta en apenas unas milésimas de segundos. Yo me concentré en continuar respirando. Al percibir su piel contra la mía, supe que no tenía escapatoria. Daba igual los argumentos que mi yo prudente tratara de esgrimir contra mi otro yo, este último estaba desesperado por sentir a Lucas tan cerca y tan dentro como fuera posible.

—Dime que esto no es lo que quieres. —Su voz, ronca por el deseo, parecía suplicar una réplica—. Dime que no lo has imaginado una y mil veces.

Traté de girarme para mirarlo a los ojos, pero él me lo impidió. Trazó la curva de mi cintura con sus manos y sus dedos jugaron con el elástico de mis braguitas. Arqueé la espalda ante el roce y su erección se hizo aún más evidente.

—Vas a volverme loco, Ari —masculló entre dientes.

Mi pulso se disparó cuando sus dedos se hundieron en mí, y mis gemidos se entremezclaron con su respiración agitada. Cuando los retiró, las rodillas se me doblaron y Lucas tuvo que sostenerme. Esta vez fue él quien me dio la vuelta para poder verme la cara.

—¿Estás bien? —Su expresión era una mezcla de culpabilidad y deseo.

Me puse de puntillas para alcanzar su boca y acaricié sus labios con la punta de la lengua. Sus brazos alzaron mi cuerpo sin esfuerzo y rodeé su cintura con las piernas, aferrándome a él. Caímos en la cama en un lío de brazos, piernas y besos cargados de deseo.

Lucas dejó caer la cabeza sobre la almohada y colocó mi cuerpo sobre el suyo. Se quedó mirándome en silencio. Sus pupilas estaba tan dilatadas que el iris se reducía a una pequeña franja de un matiz verde oscuro.

Sin apartar la vista de él, desabroché uno a uno los botones de sus vaqueros e introduje la mano en sus boxers. Con el primer roce, gimió mi nombre y cerró los ojos con fuerza. Sus manos se cerraron en torno a mis pechos. Yo no dejaba de pensar que todavía había demasiada ropa entre nosotros.

Lucas giró sobre sí mismo para arrastrarme bajo su cuerpo. Apartó los dedos de mis pechos solo para dejar sitio a su boca, y su lengua trazó pequeños círculos en torno a mis pezones sonrosados. Los succionó, lamió y mordisqueó hasta que pensé que no iba a resistir sus caricias ni un minuto más. Lo deseaba dentro de mí, lo deseaba más de lo que nunca

había sido capaz de desear a nadie.

Y sin previo aviso, se detuvo, alejándose de mí en dirección a los pies de la cama. Mi cuerpo protestó angustiado por la separación. Lucas fue a sentarse en el suelo. Se recostó contra la pared y cerró los ojos, negándose a mirarme. Ambos respirábamos con dificultad, con el mismo ansia carcomiendo nuestras entrañas.

—No puedo hacer esto —balbuceó en voz baja.

Estaba completamente desnuda, en su cama, temblando de deseo y con las huellas de sus besos aún presentes en la piel. Me llevó al menos un minuto largo comprender a qué se refería. Cuando mi mente procesó por fin sus palabras, mi cuerpo se enfrió con rapidez y la pasión que me quemaba momentos antes se diluyó al mismo ritmo que las lágrimas se agolpaban en mis ojos.

—No puedo, Ari —repitió.

El eco de mi nombre adquirió un matiz agridulce en sus labios. Fui consciente de que le había costado pronunciarlo. Alargué la mano para atrapar la sábana y cubrirme con ella. Mi desnudez parecía ahora fuera de lugar. Lucas seguía sin atreverse a mirarme, mantenía la vista fija en algún punto del techo y no parecía que fuera a decir nada más.

«Genial, Ari, simplemente genial», me reproché a mí misma.

El tío con mayor índice de conquistas por metro cuadrado de toda la universidad no podía acostarse conmigo. Imaginé el rumbo de sus pensamientos: el fatídico momento de la mañana después, cuando tuviera que enfrentarse a mí con cualquier frase hecha de esas que usaba con todas las tías.

¿Pero de verdad era eso lo que le retenía? Porque por mucho que intentaba desterrar la sensación de rechazo que me invadía, no podía evitar pensar que no me consideraba lo suficientemente buena como para tener algo conmigo. Su desprecio, fuera por el motivo que fuera, volvió a calentar la rabia en mi pecho. Y cuando vi que Lucas abandonaba la habitación para volver momentos después con una botella entre las manos, sentí ganas de abofetearlo.

¿Con qué clase de imbécil había estado a punto de acostarme? Uno que prefería continuar emborrachándose, y cuyo único objetivo ahora parecía olvidar todo lo sucedido por la vía rápida: sepultando la última hora de su vida bajo litros de whisky.

—Vete a la mierda, Lucas.

Salté de la cama y me vestí con mi ropa a toda prisa, entre furiosa y avergonzada. Reprimí los sollozos que me atenazaban la garganta para no darle el placer de contemplar lo afectada que estaba y salí de la habitación sin volver la vista atrás.

Cuando atravesé el salón, la fiesta se encontraba en su punto álgido, por lo que nadie me prestó atención. Mientras bajaba las escaleras hasta la calle, me convencí de que para Lucas nuestra amistad era más importante que un revolcón de una sola noche. Y eso me llevaba a una conclusión inevitable: él estaba tan seguro de que nunca tendría nada serio conmigo como para refrenarse en un punto en el que yo hubiera sido incapaz de dar marcha atrás. Lo que no tenía tan claro era cuándo había empezado yo a anhelar que fuéramos algo más que amigos y por qué me dolía tanto saber que eso sería algo que jamás ocurriría.

Mientras terminaba de arreglarme, Lola me había seguido por toda la casa en silencio, absorta en la narración de mi historia con Lucas. No había abierto la boca ni una sola vez, algo sorprendente para ella, que incluso cuando se enfadaba conmigo no podía aguantar más de dos minutos sin soltar algún comentario sarcástico.

—¿Ni una broma? ¿Ni una sola pulla? —pregunté, extrañada.

—No lo entiendo —replicó Lola con expresión confusa—. Os he visto esta mañana en la piscina y no he me ha parecido que os llevarais precisamente mal. ¿Qué pasó al día siguiente? ¿Cómo es que no le arrancaste los ojos cuando volviste a verlo?

Antes de contestar, recogí las llaves del apartamento y las metí en el bolso. Me miré en el espejo de la entrada. Llevaba unos pantalones cortos y holgados de seda negra y una blusa amplia de manga tres cuartos y en un tono coral que resaltaba mi bronceado. Había decidido dejarme el pelo suelto a pesar de que, con toda probabilidad, al final de la noche las ondas de mi melena castaña se habrían transformado en una maraña de rizos indómitos. Remataba el conjunto un par de cómodas cuñas negras que me permitirían bailar toda la noche sin destrozarme los pies.

Lola, por el contrario, había elegido un vestido palabra de honor en blanco y unos tacones de al menos diez centímetros. Era obvio quién de las dos acabaría con los zapatos en la mano al concluir la velada.

—Lucas lo olvidó todo —confesé de camino al coche—. Cuando nos volvimos a ver no se acordaba de nada.

—No me jodas, Ari.

—No puedo decir que no lo agradeciera —continuó, mientras daba marcha atrás y sacaba el coche de alquiler del aparcamiento—. Al día siguiente me levanté con la mayor resaca de mi vida, y mentalmente me encontraba aún peor. Me negué a salir de la cama por miedo a encontrármelo en la facultad y no saber qué decirle.

A media tarde, Lucas se presentó en casa y Alba, que desconocía lo sucedido en la fiesta, lo dejó pasar.

Consulté de nuevo la dirección de la casa a la que nos dirigíamos para asegurarme de que conocía su ubicación, y evoqué los recuerdos de la conversación con Lucas.

Me encontraba tirada en la cama, con el estómago revuelto —castigo bien merecido por mis excesos— y la apariencia de alguien al que acaban de sentenciar a muerte. Mi estado de ánimo se había vuelto cíclico a lo largo del día: rabia, indignación, tristeza y vuelta al principio, una y otra vez.

Lucas entró sin llamar a la puerta y yo casi me caigo al suelo cuando se acercó hasta donde me encontraba.

—Dios, Ari, tienes una pinta lamentable —afirmó, una vez que posó sus ojos sobre mí.

No le crucé la cara en ese momento porque mi nivel de autocompasión ya había excedido cualquier límite. Me limité a concentrarme en no llorar.

Él, en cambio, lucía fresco y descansado; era la única persona que conocía a la que la resaca le sentaba bien. Me dedicó una sonrisa torcida antes de sentarse a mi lado. Me alejé lo más que pude y el gesto hizo aparecer una expresión culpable en su cara.

—Siento lo de ayer, no debería haber bebido tanto en tu fiesta de cumpleaños —se excusó.

Me permití fruncir el ceño cuando en realidad deseaba gritar hasta quedarme afónica. ¿Qué demonios pensaba que iba a conseguir Lucas con esa disculpa? ¿De verdad creía que me importaba lo más mínimo si estaba ebrio o no? Puede que sus intenciones hubieran sido nobles al rechazarme, pero yo estaba demasiado enfadada conmigo misma por haberme permitido imaginar que sentía algo especial por mí. A eso se reducía todo, ¿no? Al hecho de que él solo me veía como una amiga.

«Qué ingenuas somos las tías», pensé. Todas creemos que podemos domar al chico rebelde, que seremos nosotras las elegidas.

—¿Bailamos al menos la última canción?

La pregunta de Lucas trastocó el hilo de mis pensamientos. Lo miré perpleja, sin comprender a qué se refería.

—Llevo todo el día tratando de recordar cómo y cuándo terminó la fiesta —añadió. Pasó el brazo por mi espalda y me atrajo hacia él de forma despreocupada, tal y como hacía siempre—. Dime que no estás enfadada. Prometo compensarte.

—¿No te acuerdas de nada? —me atreví a preguntar.

De todas las posibles escenas que mi imaginativa mente había reproducido para nuestro reencuentro, esta no había sido contemplada de ninguna de las maneras.

—Sé que alguien se marcó un bailecito de lo más inspirador —dijo, dándome un codazo y riendo—. Después de eso hay un fundido en negro y... nada más.

No sabía si reír o llorar. ¡Ni siquiera recordaba que habíamos estado a punto de acostarnos! Para bien o para mal, sería únicamente yo la que arrastraría sobre mis hombros el... incidente.

«Puede estar fingiendo», sopesé en silencio. Tal vez lo avergonzaba que alguien se enterara de que nos habíamos liado o puede que me estuviera sirviendo en bandeja de plata una salida digna. Antes de que siguiera elucubrando, Lucas me preguntó algo y mis dudas se evaporaron.

—Oye, ¿ayer ligué?

Parecía confuso, y no le creía tan capullo como para hacerme esa pregunta si realmente no tuviera una gran laguna mental. Se me escapó una carcajada de alivio.

—¿No lo haces siempre? —repliqué, sintiéndome algo mejor.

Me acomodó entre sus brazos y nos quedamos tendidos sobre la cama, cada uno perdido en sus propios pensamientos.

—Bueno —contestó pasados unos minutos—, al menos espero que la chica se lo pasara bien.

«Más quisiera», me lamenté.

4

—¡Dios, Ari! —exclamó Lola con vehemencia—, ¡estás pillada por Lucas y no me habías contado nada!

—¡¿Qué!? ¡No! Es mi amigo, solo eso.

Aparqué el coche y bajé dando un portazo. ¿De dónde se había sacado mi amiga que yo estaba enamorada de Lucas?

—No engañas a nadie. Te conozco —afirmó, mientras se esforzaba por mantenerse a mi lado.

Levanté la vista para contemplar el lugar al que nos habían invitado: una pequeña mansión de dos plantas y forma rectangular, a pie de playa. La mayoría de las paredes no eran tales, su lugar lo ocupaban grandes cristalerías que iban del suelo al techo. Frente a ella se extendía un césped de aspecto cuidado, interrumpido de tanto en tanto por grupos de palmeras y otros árboles.

—Solo fue un error. No te montes películas, Lola. No ha vuelto a pasar nada parecido.

—Y por eso no te has enrollado con nadie más desde entonces —apuntó son sorna.

—Ya había decidido pasar de los tíos antes de lo de Lucas —me defendí.

Llevaba mucho tiempo sin prestarle atención a otra cosa que no fueran los estudios y mis amigos, que Lucas estuviera entre ellos no tenía nada que ver.

Toqué al timbre y me puse un dedo en los labios para darle a entender a Lola que no pensaba discutir más sobre el tema.

—Creo que te equivocas —dijo Lola, ignorando mi petición.

—Si fuera por ti, me liaría cada día con un tío diferente.

—No me refería a eso, quería decir...

Lola interrumpió su discurso cuando la puerta de la casa se abrió y Lucas apareció ante nosotras. Por el rabillo del ojo, me di cuenta de que Lola le daba un repaso con la mirada. Conociéndola, me imaginaba la clase de pensamientos que cruzaban por su mente.

—Pensaba que os habíais rajado —dijo Lucas. Se apartó y nos invitó a entrar—. Dime que bailarás conmigo —añadió cuando pasé a su lado.

No sé si fue la forma en la que lo dijo o que yo estaba especialmente sensible después de pasar la tarde rememorando nuestra no-historia, pero

me dio la sensación de que su tono rayaba la súplica. Sus dedos me rozaron el brazo y me esforcé por tranquilizar mi desbocado corazón.

—Cortad el rollo —intervino Lola, sin darme opción a formular mi respuesta.

Agradecí su intervención. Llevaba meses esforzándome por comportarme, dedicándome a respirar profundamente cuando Lucas me sonreía, evitando dejarme arrastrar por sus ojos verdes y sobre todo, obviando el hecho de que, desde entonces, la lista de sus chicas de una noche habría ampliado su longitud. No pensaba lanzarlo todo por la borda ni permitir que nada de lo que hiciera me afectara.

«Somos amigos, somos amigos», me repetí. «Acéptalo», le contestó con malicia otra voz, «te mueres por meterte en su cama».

—Necesito una copa —afirmé, decidida a acallarlas a ambas.

Un chico apareció al lado de Lucas, reclamando atención y, sin poder evitarlo mi amiga y yo lo examinamos de arriba a abajo. Tenía una sonrisa de esas que salen en los anuncios de pasta de dientes y el pelo rubio a ras de las orejas, nariz recta y mandíbula cuadrada, además de unos ojos tan azules que me descubrí comprobando si se trataba de unas lentillas. Vestía tan solo un bañador de color verde y negro que le llegaba hasta las rodillas y estaba segura de que el moreno —y los músculos de su abdomen— se los había ganado a pulso sobre una tabla de surf.

El recién llegado no pasó por alto el análisis profundo al que Lola y yo lo estábamos sometiendo.

—Chicas, este es Eric, el anfitrión —nos presentó Lucas—. Estas son Ari y Lola.

Ambas sonreímos como idiotas.

—Vayamos a por esa copa —sugirió Lucas, y tiró de Eric para llevárselo con él. Lola y yo les seguimos.

La casa estaba decorada de forma minimalista, en tonos blancos y negros y con pequeñas pinceladas de rojo: algunos cojines, el marco de un cuadro, varias velas. Sobre una estantería atisbé una foto familiar con Eric de crío, una niña un par de años mayor y los que debían de ser sus padres.

—Ahí tienes —me susurró Lola—, un auténtico bombón para terminar con tu prolongada abstinencia.

—No voy a enrollarme con Lucas.

—Me refería a Eric —repuso mi amiga con desgana y los ojos en blanco—. ¿No dices que pasas de Lucas y que no estás enamorada de él? Bien,

pues demuéstralo.

Como si supiera que hablábamos de él, Eric nos miró por encima del hombro y sonrió. Se le marcaron dos hoyuelos en las mejillas. Lola suspiró sonoramente.

—Creo que te gusta más a ti que a mí —puntalicé, reprimiendo una carcajada.

Atravesamos la estancia y salimos de la casa por una amplia puerta corredera que daba a la parte posterior. Debía haber alrededor de cuarenta o cincuenta personas desperdigadas por el jardín, alrededor de la piscina. A nuestra izquierda, un grupo de tres chicos discutían sobre la mejor forma de conseguir brasas frente a una barbacoa. Y algo más adelante, la gente se arremolinaba en torno a un especie de barra en busca de una bebida.

—Me sacrificaré —comentó mi amiga con dramatismo.

—¿Qué más te da lo que haga, Lola? ¿Tan difícil es de entender que no quiera liarme con el primer tío que aparezca?

Lola bufó exasperada y yo me armé de paciencia. Su intención era buena, a pesar de que me torturara día y noche con el mismo tema.

—Estoy bien así —añadí, para suavizar nuestra disputa.

Mi amiga se detuvo.

—Supéralo, Ari. No vas a hacerlo hasta que dejes a alguien más entrar en tu vida —dijo alzando la voz. La fulminé con la mirada.

—Todo esto no es por él —me defendí.

—Está bien —cedió por fin—. Mejor me lo pones. Ya puedes emplearte a fondo en seducir al surfero, porque si no, te prometo que iré a hablar con él y le diré que estás deseando que te enseñe el resto de la casa, su habitación a poder ser. Tú ya me entiendes...

—¿Venís? —La voz de Eric me sobresaltó.

Lola se adelantó, directa hacia la barra.

—Tú verás —farfulló, dejándome atrás.

Contemplé la mano que me tendía Eric, dudando. Desvié la vista y vi a Lucas observándonos, a pesar de la morena voluptuosa y escasa de ropa que ya se le colgaba del cuello.

«No pierde el tiempo», pensé para mí misma.

Puede que Lola tuviera razón, que solo necesitara dejarme llevar. Tomé la mano de Eric y le sonreí. Los hoyuelos se le marcaron de nuevo al devolverme el gesto.

—¿Sales con alguien? —me preguntó mientras me pasaba una bebida.

No apartó los ojos de los míos.

—No, con nadie.

—Es difícil de creer. —Enarqué las cejas al escucharle—. Quiero decir... eres muy guapa.

Su expresión tierna y algo avergonzada me hizo reír.

—Me ha dicho Lucas que también estudias biología —añadió enseguida, cambiando de tema.

—Sí, pura vocación, créeme. Entre clases y horas de laboratorio prácticamente vivo en la facultad. Pero es una carrera preciosa —comenté, embalada.

Mi pasión por la biología era uno de mis puntos débiles. Si alguien sacaba el tema, podía hablar durante horas sobre ello. Con frecuencia, renegaba de la esclavitud de mi elección, pero sabía que no hubiera podido estudiar otra cosa.

—Te entiendo —aseguró Eric. Se inclinó sobre mí y me apartó un mechón de la cara—. Yo acabo este año ciencias químicas.

—Empatados, entonces —repuse, agradecida por el descubrimiento.

Dos horas y un número indefinido de mojitos después, Lola y yo bailábamos entre el resto de invitados. Eric apenas se había despegado de mí y Tomás, uno de sus amigos, le hacía ojitos a mi amiga con una intensidad innecesaria, dado que ella también babeaba por él. Lucas bailaba con una pechugona a poca distancia.

—Le va a saltar un ojo —bromeó Tomás, refiriéndose al contoneo de Lidia, la chica que acompañaba a Lucas.

Todos reímos ante su ocurrencia. No le faltaba razón.

—Le estaría bien empleado —apostilló Lola.

La canción que sonaba terminó y dio paso a una balada, *Tu noche y la mía*, de Révolver. Lola aprovechó la ocasión para incrustarse en el pecho de Tomás, y Eric enlazó mi cintura con cautela, como si temiera que fuera a echar a correr. Le dejé hacer y apoyé la cabeza sobre su hombro, mientras la letra de la canción se desgranaba.

Alcé la vista y me topé con los ojos de Lucas. Bailaba abrazado a Lidia, que tenía serios problemas para mantener las manos apartadas de su culo, pero él apenas le prestaba atención.

Eric me giró, dejándome de espaldas a ellos. Deslizó las manos hasta mi cintura y me recostó hacia atrás, aprovechando el momento para darme un suave beso en el cuello. Me sorprendí deseando que continuara. Pero tiró

de mi cuerpo y me apretó contra él.

—Eres preciosa —susurró Eric con fervor. Su aliento, cálido y mentolado, me invitaba a apropiarme de su boca pero me contuve, algo apabullada por sus atenciones.

Otro giro, y de nuevo Lucas quedó en mi campo de visión. Su cabeza se inclinaba para dar acceso a la boca de Lidia, que se afanaba en besar su cuello. Asqueada, aparté la vista, para darme de bruces con los labios de mi acompañante.

Durante unos segundos, me quedé quieta, sin saber cómo reaccionar. Pero al percibir la dulzura con la que Eric me besaba y la delicadeza con la que me sujetaba la nuca, un cosquilleo agradable se extendió por mi estómago. Me relajé entre sus brazos y le correspondí con pequeños besos.

Tras separar nuestras bocas, mi acompañante me izó en brazos riendo. Se comportaba como un niño y su felicidad era contagiosa, por lo que me fue inevitable secundar sus risas.

—¿Quieres que te enseñe la casa? —preguntó Eric.

Lola, que lo oyó, enarcó las cejas a la espera de mi respuesta.

—Me encantaría —admití, y juraría que mi amiga aplaudió a mi espalda.

Eric me tomó de la mano y salimos bailando de entre la gente. De camino a la casa, levantó la mano y me hizo girar sobre mí misma un par de veces. Yo seguí dando vueltas hasta darme de bruces contra alguien: Lucas.

Mi amigo me sostuvo para evitar que me fuera directa al suelo. La marea esmeralda de sus ojos captó mi atención de inmediato. Permanecimos abrazados, mirándonos de forma tan intensa que todo lo que nos rodeaba se desdibujó y solo quedó su cuerpo contra el mío.

—¿Te vas ya, Ariadna?

Lucas jamás usaba mi nombre completo. Que eligiera precisamente ese momento para emplearlo, unido al matiz exigente de su voz, me dejó aturdida.

—Solo vamos a ver la casa.

¿Por qué me estaba justificando ante él?

«Supéralo, Ari», gruñó la voz de Lola en mi mente.

—No hemos bailado —apuntó él. Sonreía, aunque la alegría no le llegaba a los ojos.

Lidia, a su lado, adquirió un interés repentino por la conversación. Se

cruzó de brazos y me atravesó con la mirada.

—Podemos bailar luego, Lucas. No voy a marcharme.

—Pero yo sí —terció él, señalando con un movimiento de cabeza casi imperceptible a Lidia—. ¿No os importa, verdad? —añadió, dirigiéndose a nuestras respectivas parejas.

Eric y Lidia no parecían muy convencidos, pero ninguno nos retuvo cuando Lucas me empujó para obligarme a andar. Clavé mis uñas en su espalda y me tragué la rabia, reacia a montar un numerito.

Pasó al lado de la barra y cogió al vuelo dos mojitos, me tendió uno y se bebió el suyo de un trago.

—No deberías beber tanto —sugerí, mientras tomaba un sorbo del mío—, imagina la decepción de tu amiguita si luego... ya sabes...

La pulla salió de mis labios antes de que a mi mente le diera tiempo a pensarla dos veces.

—Tranquila, soy perfectamente capaz de cumplir.

—No me lo jures —mascullé sin querer.

—¿Qué?

—Que es fantástico, Lucas. Te felicito por ser tan eficiente.

—Bebe —me indicó, más como una orden que como una sugerencia. Cambió su vaso vacío por uno lleno y se lo volvió a tragar de golpe—. Te veo tensa.

—No soy yo el que se está bebiendo hasta el agua de los floreros.

Apuré mi bebida de dos tragos y señalé al grupo que se movía al ritmo de la música.

—¿Bailamos?

Aunque el tipo de música que estaba sonando no invitaba a ello, Lucas pasó los brazos por mi espalda y mi cuerpo encajó a la perfección en el suyo. Apoyé la cabeza en su pecho y el dejó que su boca reposara sobre mi pelo. Nos mecimos siguiendo nuestro propio ritmo.

No intercambiamos ni una sola palabra más durante varios minutos. Nos dedicamos a girar en un lento bamboleo. Había esperado que en cualquier momento empezara a despotricar contra Eric, desvelándome los mil y un defectos que yo desconocía, pero su silencio fue total.

Su actitud me desconcertaba. No estaba ciega, y su comportamiento en las últimas horas había sido demasiado extraño. Podría incluso aventurar que estaba celoso de Eric y aquello representaba una maniobra de distracción para evitar que su amigo y yo nos quedásemos a solas. Pero

celos y Lucas no eran dos palabras que pudieras utilizar en la misma frase sin que el resultado fuera algo carente de sentido. Su filosofía de vida en lo referente a las relaciones no incluía los celos porque nunca se había sentido en posesión de nada, no ambicionaba que ninguna de las chicas con las que quedaba le prestaran más que unas horas de su tiempo y el calor de su cuerpo. Lo cual, bien pensado, no dejaba de ser terriblemente triste.

Los últimos acordes de la canción retumbaron en el aire, y Lucas dejó caer los brazos, retirándolos de mi cintura. Alcé la cabeza para mirarlo.

—Pórtate bien —dije con un sonrisa—. Deberías darle una oportunidad a Lidia, tal vez ella y tú...

En algún momento, Lucas tendría que dejar que alguien entrara en su corazón, de igual modo que yo iba a tener que dejar de apartar a todo aquel que se acercaba a mí. Puede que Lidia no fuera la chica que consiguiera echar abajo el muro que Lucas había construido con tanto empeño en torno a él, pero era un comienzo.

No importaba lo que hubiera sucedido entre nosotros. Lucas era mi amigo, lo adoraba y deseaba que fuera feliz.

—¿Qué te hace pensar que es eso lo que quiero? —repuso él a la defensiva, comprendiendo el significado de mis palabras.

—Olvídalo. Deberíamos volver.

No quería empezar una nueva discusión.

—Ari... —me llamó, pero yo ya le había dado la espalda y caminaba en busca de Eric.

Lola me interceptó y se separó de Tomás, para que este no pudiera escuchar lo que iba a decirme.

—No sé cómo lo aguantas —refunfuñó, refiriéndose a Lucas—. Es como el maldito perro del hortelano.

—Es mi amigo, Lola —lo defendí, aunque en el fondo sabía que mi amiga llevaba razón—. Y se preocupa por mí.

—Sois tal para cual, deberías acostaros de una vez y terminar con este rollito de ni contigo ni sin ti. Muerto el perro se acabó la rabia.

—Hoy te ha dado por los refranes —señalé riendo.

—Piénsalo —insistió—. Os acostáis y asunto zanjado, tampoco es para tanto.

Para mi amiga, no existían situaciones imposibles, solo poco valor para arriesgarse y elegir soluciones descabelladas.

—Lola, no voy a acostarme con Lucas.

—Es bueno saberlo —comentó Eric a mi espalda.

«Mierda», masculló mi yo sensato. Mi otro yo estalló en carcajadas. Iba a tener que hacer algo de forma urgente con la algarabía de mi cerebro.

Compuse mi mejor expresión inocente y me giré hacia Eric.

—No, si ella no quiere —apuntó Lola, mientras yo buscaba algo coherente que arreglara el desaguisado—, soy yo la que está empeñada en que liberen toda esa tensión sexual no resuelta que flota entre ellos, o terminará por explotarles en la cara y salpicarnos a todos.

Pellizqué a mi amiga en el brazo con fuerza y me acerqué a su oído para increparla.

—No puedo creer lo que acabas de decir —la reprendí en voz baja—. Por dios, Lola, esto no es que me ayude mucho. Eres una veleta: Lucas, Eric, Lucas, Eric. Y lo peor es que yo me dejo arrastrar por tus insensateces.

—¿Veleta? ¿Yo? Eres tú la que se besa con uno y cinco minutos más tarde se está derritiendo mientras baila con el otro.

Tomás y Eric contemplaban atónitos nuestra animada trifulca. Respiré hondo para no perder los nervios.

—Vale, lo siento —se disculpó mi amiga—. Soy una bocazas.

—Y... —la animé.

—Y no pienso las cosas antes de decirlas.

—Y...

—Te debo una —masculló entre dientes.

—Muchas, Lola, me debes muchas y pienso cobrármelas todas.

5

La habitación de Eric no se parecía en nada al resto de la casa. Olía a playa y a sal. Las paredes estaban repletas de estanterías con una completa colección de música y cientos de películas. El único hueco libre lo ocupaba una tabla de surf. El ordenado caos, según sus palabras, le permitía encontrar cualquier cosa que buscara sin tener que pensar en dónde la había visto por última vez.

Eric no le había dado mayor importancia a las palabras de Lola. Y yo aproveché para reclamar la visita guiada que teníamos pendiente. No sabía si alegrarme de que no se tomara nada en serio o preocuparme por ello. Mientras lo sopesaba, Eric me atrapó entre sus brazos y me besó con cautela, lleno de dudas.

Entreabrí los labios y su lengua se coló en mi boca, provocándome un escalofrío de placer. Deslicé las manos por su espalda, trazando el definido perfil de cada uno de sus músculos. Él me empujó con delicadeza, sin separarse de mí, hasta que ambos caímos sobre la cama. Sus besos se tornaron más exigentes y sus manos ascendieron por debajo de mi blusa.

Busqué su mirada, y mi corazón se detuvo por un instante, decepcionada al tropezar con sus ojos azules en vez de verdes. Eric percibió mi titubeo y se detuvo.

—No puedo hacer esto —gemí.

Me hubiera dado cabezazos contra la pared. ¿De verdad acaba de pronunciar la misma frase que Lucas me dedicara a mí hace meses?

—Yo... lo siento, no pretendía... no era mi intención... —balbuceó él, culpable.

Traté de reprimir las lágrimas, porque sabía que una vez que brotara la primera no sería capaz de parar. La ternura con la que me miraba Eric no ayudaba en nada.

—Me gustas, Eric, de verdad que me gustas —afirmé, y era del todo cierto.

Eric era dulce y encantador, además de tremendamente atractivo.

—Entonces, volvamos abajo y baila conmigo hasta que amanezca. —Se puso de pie y me tendió la mano.

Y además romántico. Si Lola estuviera allí, me empujaría a sus brazos. Incluso mi madre estaría encantada de tenerlo de yerno.

—Necesito un minuto —le pedí.

Abandoné la habitación renegando por no ser capaz de aceptar su invitación. Para cuando llegué a las escaleras, mis piernas decidieron que no me alejaba de Eric con suficiente rapidez y echaron a correr por propia voluntad. En mi huida precipitada, tropecé con Tomás. Agradecí que Lola no estuviera junto a él y recé para que no se hubiera percatado de las lágrimas que corrían por mis mejillas.

La playa desierta resultó un refugio perfecto. La brisa suave que llegaba desde el mar me enfriaba la piel, pero también contribuyó a relajar mi temperamento inestable. Me senté y enterré los pies en la arena.

Estaba claro que, por mucho que Lola hubiera insistido, no debería haber rememorado mi último cumpleaños. Había empujado los recuerdos de ese día hasta el lugar más profundo y oscuro de mi interior, y era ahí donde deberían haberse quedado por siempre jamás. O tal vez Lola tuviera razón, y necesitara cerrar ese capítulo de mi relación con Lucas definitivamente para seguir adelante.

Valoré la posibilidad de enfrentarme a Lucas y contárselo todo. Pero ¿qué iba a decirle? ¿Que casi nos habíamos acostado? ¿Que en medio del calentón me había rechazado?

—¡Ari! ¡Ari!

Volví la cabeza para ver que Lola corría a toda prisa hacia mí. Los tacones se le hundían en la arena, haciéndola tropezar.

—Mierda, Ari, ¿qué demonios ha pasado? —preguntó, con la voz entrecortada por la carrera—. ¿Te ha hecho daño?

—Cálmate, Lola. No ha pasado nada —le aseguré, tratando de tranquilizarla.

Estaba frenética y no dejaba de mirarme de arriba a abajo. No comprendía qué era lo que buscaba.

—Estoy bien —repetí—. Solo necesitaba algo de aire fresco.

Me obligó a levantarme y tiró de mí en dirección a la casa, no sin antes revisar que toda mi ropa estuviera en su sitio.

—Tomás me dijo que se había cruzado contigo, que llorabas y saliste corriendo de la casa. Creí que Eric había intentado obligarte... —se explicó por fin.

Planté los pies en la arena para evitar que me arrastrara tras ella.

—Bueno, pues estoy bien —insistí una vez más.

—Te busqué, no te encontraba por ningún lado y me asusté. Y... puede

que se lo haya mencionado a Lucas —añadió en un susurro.

Me quedé sin habla. A juzgar por la expresión culpable de mi amiga, Lucas no debía haber reaccionado bien.

—Tienes que volver —continuó—, se ha puesto como un loco.

Me descalcé y eché a correr por la arena todo lo rápido que pude, dejando a Lola atrás. Si conocía bien a Lucas, a estas alturas estaría haciéndole una cara nueva a Eric.

Aporré la puerta principal con desesperación hasta que alguien me permitió acceder a la casa. Seguí el sonido de los gritos que llegaban desde el jardín, atravesando el salón a toda prisa. Sin ningún tipo de remordimientos, me lié a empujones para apartar a la gente que se había arremolinado a su alrededor.

Lucas sostenía a Eric de la camisa y lo zarandeaba con rabia. La sangre le chorreaba por la barbilla, manando de un corte sobre el pómulos derecho. Eric tenía aún peor aspecto: un ojo medio cerrado, que ya comenzaba a amortarse, y el labio partido.

—Eres un mierda, Eric —le gritó, y lo lanzó hacia atrás.

Me interpuse entre ellos y presioné las palmas de mis manos contra su pecho para detener a mi amigo, que ya había empezado a avanzar hacia Eric.

—Estoy bien, Lucas —aseguré para apaciguarle—. Eric no me ha hecho nada.

El velo de ira que cubría sus ojos cayó, sustituido por alivio. Aferró mis hombros y buscó mi mirada. La suya estaba cargada de recelo y miedo.

—Estoy bien —repetí, porque me dio la sensación de que era lo único que necesitaba oír.

Hundió la cabeza en mi cuello, escondiéndose de todos, y sus labios rozaron mi clavícula. Temblaba de pies a cabeza, como un chiquillo asustado. Nunca le había visto tan vulnerable.

—Te llevaré a casa —dije con un susurro.

La gente nos abrió paso hacia la puerta, murmurando y cuchicheando entre ellos. Al cruzarme con Lola, me indicó con un gesto que Tomás la llevaría de regreso. Sabía que la pelea la había trastornado tanto como a mí, por lo que me alegré de que tuviera a Tomás a su lado, apretándole la mano y mirándola con cariño.

No me despedí de Eric, a pesar de que sentía que le debía una explicación. Tendría que esperar hasta mañana. Lo único que deseaba era

sacar a Lucas de allí y meterme en la cama cuando me hubiera asegurado de que se encontraba bien.

Durante el trayecto, ninguno de los dos dijo nada. Lucas, sentado a mi lado, apoyaba la cabeza contra el cristal de la ventanilla y había cerrado los ojos. No tenía ni la más remota idea de dónde se alojaba, así que conduje hasta el apartamento de los padres de Lola. Una vez allí, lo llevé a mi habitación y dejé que se sentara en la cama.

Parecía ido.

—Estás hecho un desastre —bromeé, en un intento de aliviar el tenso ambiente que nos rodeaba.

—Pensaba que él... —Su voz, temblorosa, se fue apagando, y no terminó la frase.

—Lo sé. No pasa nada, Lucas.

Rebusqué en mi neceser hasta dar con un pañuelo de papel, y le limpié con cuidado alrededor del corte. Hizo una mueca de dolor, pero no se quejó. La sangre reseca se resistía a desaparecer de su rostro. Tomé una toalla y, tras humedecerla en el lavabo, me arrodillé frente a él.

Mientras limpiaba el rostro de Lucas, sus ojos cansados no perdían detalle de cada uno de mis movimientos. Me pregunté en qué estaría pensando. Cuando su piel estuvo limpia, lo obligué a quitarse la camiseta manchada de sangre y la tiré a un rincón. Me senté a su lado y suspiré. Él apoyó la cabeza en mi regazo, tumbándose sobre la cama, y cerró los ojos.

—Gracias, Ari.

Asentí con la cabeza, aunque él no podía verme. Le acaricié el pelo para reconfortarlo, esperando que se durmiera.

—Nunca dejaré que nadie te haga daño —murmuró, más dormido que despierto—, ni siquiera yo.

Su respiración se hizo rítmica y su rostro se suavizó, adquiriendo una expresión serena. Me entretuve durante unos instantes perfilando con los dedos la línea de su mandíbula y de sus labios.

Con cuidado de no despertarlo, trasladé su cabeza de mis piernas a la cama. Cambié la blusa y los shorts que llevaba puestos por una camiseta sin mangas que hacía las veces de pijama, y cerré la puerta. Lola llegaría en cualquier momento, con toda probabilidad acompañada por Tomás. Solo me faltaba que un amigo de Eric nos encontrara a Lucas y a mí durmiendo en la misma cama.

Los temblores que sacudían mis manos me hicieron pensar que no

lograría desabrochar los botones del vaquero de Lucas y quitárselo para meterlo en la cama. Pero tras un breve forcejeo logré mi objetivo. Lo tapé con la sábana, más por esconder de mi vista su cuerpo que porque hiciera frío, y me tumbé de lado junto a él.

Y mientras lo contemplaba dormir, acepté que, aunque me lo hubiera negado una y otra vez, estaba completamente enamorada de él.

6

A la mañana siguiente, la luz que se colaba por la ventana me fue despertando poco a poco. Me llevó varios minutos darme cuenta de que un brazo, que no era mío, se colaba bajo mi camiseta y una mano aprisionaba uno de mis pechos. Abrí los ojos con lentitud, aturdida por una punzada que se extendía desde la parte posterior de mi cabeza hacia las sienes, y miré por encima de mi hombro.

Lucas me aprisionaba contra su cuerpo, que estaba casi encima mío. A pesar de la amplitud de la cama, nuestras piernas se habían enrollado durante la noche y, por lo que parecía, sus manos habían buscado el lugar más cómodo para descansar.

Suspiré, demasiado consciente del tacto de su mano sobre mi piel caliente, e intenté zafarme de él. Tras varios intentos me di por vencida; si quería moverme iba a tener que despertarlo.

—Lucas —lo llamé en voz baja—. ¡Lucas!

Le clavé un codo en las costillas y solo conseguí que me apretara con más fuerza.

—¡Lucas! —chillé esta vez, al mismo tiempo que lo empujaba con todo mi cuerpo.

Abrió los ojos de repente y permaneció inmóvil durante cinco segundos que a mí se me antojaron eternos. Su mirada fue de mí a la cama, vuelta a mí, y de ahí a su mano.

—¿Ari?

Al darse cuenta de lo que sujetaba, se apartó de mí azorado, incluso diría que sus mejillas adquirieron un matiz rojizo. No podía creer que Lucas, el gran conquistador, tuviera la capacidad de ruborizarse.

—¿Esperabas a otra? —inquirí molesta.

—Joder, Ari, pues sí que te has levantado susceptible hoy. —Esbozó una sonrisa descarada y se tendió de nuevo sobre la cama, sin dejar de observarme.

Comprender que estaba enamorada de Lucas no hacía que las cosas resultaran más fáciles. Todo lo contrario. Los muros de contención que había ido levantando entre mi corazón y él a lo largo de los últimos meses habían volado por los aires la noche anterior. Me levanté de la cama, decidida a ampliar la distancia entre nosotros para evitar que se diera

cuenta de que había empezado a temblar.

Él, semidesnudo sobre la cama y con el pelo revuelto, me sonreía como si supiera exactamente lo que mi cuerpo ansiaba. Aun con el pómulo hinchado y el corte que adornaba su mejilla, cualquier chica con ojos en la cara se hubiera lanzado sobre su boca. Cualquier chica menos yo.

Yo quería algo más que unas horas de cama, mientras que él... Él había dejado claro que ni siquiera deseaba eso.

—Debería llamar a Eric —dije en voz alta, dándole la espalda.

Escudarme tras mi aparente atracción por su amigo suponía una cobardía por mi parte. A pesar de que Eric me gustaba, sabía que no podía competir de ninguna de las maneras con mis sentimientos por Lucas. Pero era lo único que me quedaba, un puerto seguro para no dejar que mi deseo por Lucas se desbordara y asolara todo a su paso.

—Le debo una explicación —añadí con toda la firmeza que fui capaz de reunir.

—Ari, sobre lo de anoche...

—Tú también tendrías que hablar con él —lo interrumpí, demasiado trastornada por el sonido de su voz.

Exhaló un pesado suspiro, pero no dijo nada más. Creí que con su silencio me estaba dando la razón. Sin embargo, unos instantes más tarde, sus manos se instalaron en mis caderas y sus labios rozaron mi hombro con suavidad. Y durante unos preciosos segundos, todo lo que pude percibir fue ese contacto húmedo palpitando sobre mi piel.

—Lo volvería a hacer, Ari —musitó él con dulzura.

—No necesito que defiendas mi honor, Lucas —le espeté resentida. No precisaba su lástima, ya me ahogaba yo sola en mi propia autocompasión.

Y antes de que todas mis reservas de valor se diluyeran, pronuncié la mayor mentira que he articulado jamás.

—No te necesito.

Sus dedos se crisparon, para luego liberarme de su agarre, dejando tras de sí un rastro amargo. Permanecí de espaldas a él y reprimí las ansias de darme la vuelta para abrazarlo, porque sabía que mis ojos le revelarían que todo aquello no era más que un burdo embuste.

«Lo perderás, vas a perderlo». Por primera vez, una única voz retumbaba en mi cabeza, sabedora de que alejar a Lucas de mí me destrozaría por dentro. Y aun así, apreté los labios mientras él recogía su ropa y abandonaba la habitación en silencio.

Aparté la cortina de la ventana y esperé hasta que Lucas salió por la puerta que daba a la piscina del complejo. Ahogué un gemido al verlo entrar en el apartamento que estaba tan solo dos puertas más allá del nuestro.

Los siguientes días pasaron sin más, como una sucesión interminable de segundos, minutos y horas que no me hubiera importado perderme. Lucas no me llamó ni yo lo llamé a él, y debió hacer un verdadero esfuerzo por no coincidir conmigo, porque nuestros caminos no volvieron a cruzarse.

Y mientras Lucas me evitaba a mí, yo me escondía de Eric. Había convertido la cobardía en mi especialidad. Ni siquiera Lola, que rara vez cejaba en su empeño cuando se trataba de sonsacarme información, se atrevió a interrogarme al respecto. Mi cara debía reflejar a la perfección cómo me sentía.

La noche antes de mi regreso a Madrid, Lola se plantó ante mí con tal expresión de determinación que supe que mi tiempo de duelo había concluido.

—Ya vale, Ari.

Alcé las cejas y esboqué una sonrisa inocente, como si pudiera engañarla.

—¿Es que no ves lo que esta situación te está haciendo? ¡Te estás desmoronando ante mis ojos! —exclamó, alzando las manos.

—Lo superaré —afirmé. Pero el temblor de mi voz indicaba lo contrario.

—Llámalo —me ordenó—. O mejor aún, ven conmigo.

La mano de mi amiga se cerró en torno a mi muñeca y tiró de mí con decisión, obligándome a seguirla. Su ímpetu me desconcertó tanto que no opuse resistencia hasta que comprendí a dónde se dirigía.

—No, no, no —repetí aterrada cuando llamó al timbre de la casa en la que había visto entrar a Lucas.

El rubio del tatuaje en el hombro nos abrió la puerta. Gotas de sudor helado me resbalaban por la espalda. De aquello no podía salir nada bueno.

—¿Lucas? —inquirió Lola.

—Está durmiendo —contestó el chico.

Lola lo apartó de un empujón y yo deseé que me tragara la tierra. No pareció molestarle porque, con gesto divertido, nos indicó una puerta que supuse era la del dormitorio de Lucas. Mi amiga me arrojó dentro y cerró la puerta tras de mí.

Forcejeé con el pomo, intentando escapar del encierro y sin atreverme a

mirar el cuerpo que reposaba sobre la cama. Maldije para mí misma al darme cuenta de que Lola debía estar tirando de él desde el otro lado.

Suspiré resignada y me giré hacia el interior de la habitación, luchando por controlar el pánico. La persiana estaba echada casi por completo. Pero una vez que mis ojos se adaptaron a la penumbra, vislumbré a Lucas acostado boca abajo con un brazo colgando del borde y las piernas enredadas entre las sábanas, sin más ropa que unos boxers negros. La visión duplicó la velocidad de mi, ya de por sí, acelerado corazón. Tuve que inspirar y espirar varias veces para tranquilizarme.

De puntillas, avancé unos pasos y me incliné sobre su rostro. Me recreé en el sonido pausado de su respiración. Le había echado tanto de menos que tuve que contener las ganas de abalanzarme sobre él y rogarle que no volviera a separarse de mí.

Durante más de media hora, me limité a contemplarlo mientras dormía sin hacer nada por despertarlo. Sentada en el suelo y con la espalda apoyada contra la pared, tracé con la mirada una y mil veces la curva de sus hombros, sin otra intención que llenarme los ojos de él y grabar su imagen serena en mi mente.

Cuando se removió entre sueños, el pánico retornó. Me puse de pie, decidida a salir de allí antes de que despertara. Con algo de suerte, Lola se habría cansado de esperar y podría escaparme sin problemas. No quería enfrentarme a él y descubrir que mi comportamiento había abierto una brecha entre nosotros. Lo arreglaría, encontraría la forma de que pudiéramos ser amigos de nuevo, pero en ese momento no poseía fuerzas suficientes para hacer aquello.

Le aparté el pelo de la cara, deposité un beso en su sien y regresé junto a la puerta.

—Ari —me llamó Lucas, con voz somnolienta.

Me quedé quieta entre las sombras, como si mantenerme inmóvil fuera a hacerme desaparecer.

—Ari, por favor.

Así el pomo de nuevo y tiré de él una vez, y otra, y otra, espoleada por la certeza de que si Lucas se acercaba a mí, lo besaría sin importarme las consecuencias. Y si me rechazaba, mi cordura no podría resistirlo.

Al percibir el sonido de sus pies descalzos sobre el suelo, a punto estuve de emprenderla con la puerta a patadas. Pero cuando puso sus manos sobre las mías, su contacto calmó de inmediato mis nervios.

—¿Qué quieres de mí, Lucas?

Esa era la gran pregunta, el eterno interrogante que pendía sobre nuestras cabezas desde el día en que nos conocimos, solo que no me había dado cuenta de ello hasta el día del incidente.

Me obligó a darme la vuelta y me besó. La sorpresa hizo que se me escapara un gemido cuando su lengua se abrió paso a través de mis labios, moviéndose con avidez. Sus manos atraparon mis nalgas y me alzó en vilo. Yo enlacé su cintura con mis piernas, ansiosa por eliminar cualquier espacio entre nosotros.

—Tu cumpleaños. Lo recuerdo. Todo —confesó Lucas—. Recuerdo tus gemidos —añadió, y me alzó la barbilla para acceder a mi cuello. Fue dejando un reguero de besos hasta llegar al hueco detrás de mi oreja—. Recuerdo tu sabor en mi boca.

»Mierda, Ari, no he dejado de pensar en ello ni un solo día desde entonces —admitió, con la voz ronca por el deseo.

Buscó en mis ojos una reacción a sus palabras que, lejos de enfadarme, azuzaron aún más mi deseo. Quería terminar de una vez por todas con lo que habíamos empezado meses atrás. Lo necesitaba para aplacar la necesidad que mi cuerpo tenía de él.

—Esta vez no pienso dejarte marchar —murmuró para sí mismo.

Me separé de él lo justo para sacarme la camiseta por la cabeza y luché contra los botones de los shorts vaqueros que llevaba puestos. La ropa se me antojaba un estorbo, me sobraba todo lo que no fuera su piel contra la mía. Lucas retiró mis manos para sustituirlas por las suyas. Sus dedos se colaron entre la cinturilla de mis pantalones y mi ropa interior. Mientras se agachaba para quitármelos, no dejó de mirarme.

Ascendió de nuevo, pero esta vez recorriendo con su boca cada centímetro de mis piernas. Me estremecí cuando alcanzó la parte interna de mis muslos. Todo mi cuerpo ardía, como si sus caricias estuvieran propagando fuego por mis entrañas. De rodillas frente a mí, Lucas enlazó mis piernas con sus brazos y se puso de pie, alzándome con él. Caminó hasta la cama despacio, mientras su lengua, juguetona, entraba y salía de mi ombligo.

Depositó mi cuerpo sobre la cama y dio varios pasos hacia atrás. Por un momento temí que fuera a arrepentirse, pero se limitó a contemplarme con detenimiento, como si no terminara de creerse que me tuviera delante de él, en ropa interior y temblando de anticipación.

—Eres jodidamente perfecta —afirmó con vehemencia.

No tardó en inclinarse sobre la cama. La serenidad de sus movimientos, mientras acortaba la distancia entre nuestras bocas, no cuadraba en absoluto con su respiración ahogada y jadeante. Cuando sus ojos quedaron a la altura de los míos, elevé las caderas, reclamándole. Lucas cerró los ojos y gimió contra mis labios. Percibí cómo los latidos de su corazón me golpeaban el pecho y mi pulso terminó de acelerarse, acompasándose al suyo.

Atrapó su boca con la mía y nuestras lenguas se entrelazaron frenéticas. Mientras me besaba, su mano liberó uno de mis pechos del sujetador y me pellizó el pezón; el latigazo de placer que se extendió por mi espalda me obligó a cerrar los ojos. Quería más. Lo quería dentro de mí. Ahora.

—Te deseo —susurré en su boca.

—Abre los ojos. Mírame, Ari.

Hice lo que me pedía y me encontré con su rostro, devorado por la necesidad acuciante de poseerme.

—Repítelo —suplicó.

—Te deseo, Lucas.

Aquellas tres palabras eliminaron las ataduras que habían contenido a Lucas hasta ahora. Se deshizo de mi ropa interior apresuradamente y sus dedos se hundieron en mi interior sin titubeos. Me aferré a las sábanas para evitar gritar. Lucas gimió al percibir lo preparada que estaba para recibirlo.

Mis manos resbalaron por su espalda hasta alcanzar sus boxers y tiré de ellos, resuelta a suprimir la última barrera que quedaba entre nosotros. Lucas deslizó sus dedos fuera de mí y la sensación de vacío resultó casi dolorosa. Para cuando ambos estuvimos completamente desnudos, todo mi cuerpo palpitaba ansioso.

Con las manos apoyadas sobre el colchón, Lucas se dejó caer sobre mí y me penetró solo en parte. Esbozó una sonrisa torcida al percibir mi frustración.

—¿Quieres que suplique? —gruñí, al límite de mi resistencia.

Negó con la cabeza.

—Lo único que deseo es alargar este momento hasta que no pueda resistirlo más. Quiero ser totalmente consciente de todas y cada una de las veces que entre y salga de ti. Quiero...

Planté los pies sobre la cama y alcé las caderas, abarcándolo por completo. Sus palabras se transformaron en una serie de exhalaciones

irregulares.

—Joder, Ari.

Era la primera vez que sobrepasábamos hasta ese punto los límites de nuestra amistad, bien pudiera ser la última, así que todo mi ser protestó rabioso cuando separé nuestros cuerpos. Yo también podía jugar a torturarlo.

Sin perder un segundo, Lucas me embistió con desesperación. Se deslizó dentro y fuera de mí, una y otra vez, con una lentitud deliberada pero sin darme tregua para reponerme tras cada una de sus acometidas. Apoyaba su frente contra la mía, con la vista fija en mis ojos, hasta que tuvo que besarme para acallar los gemidos que se escapaban de mi garganta.

—¿Ari? —gruñó contra mi boca. Y supe que luchaba por controlarse.

Una leve película de sudor recubría su piel. Le obligué a tumbarse a mi lado y me senté a horcajadas sobre él. Sus dedos se clavaron en mi cintura.

—Conseguirás que me vuelva loco.

—Bien, porque es justamente lo que pretendo. —Me mordí el labio de forma insinuante y, antes de que pudiera replicar, comencé a moverme sobre él.

Lucas cerró los ojos con fuerza. Respiraba con dificultad.

Con las manos firmemente apoyadas sobre su pecho, balanceé las caderas adelante y atrás, acoplando mi ritmo al suyo. Algo explotó dentro de mí. Un jadeo ronco brotó de su boca cuando las paredes de mi sexo se cerraron sobre él.

A pesar de que temblaba de pies a cabeza, no me detuve. Imprimí una mayor ferocidad a mis movimientos hasta que Lucas se estremeció bajo mi cuerpo, dejando escapar todo el aire de sus pulmones y repitiendo sin cesar mi nombre.

Nada de lo sucedido hasta ahora me había preparado para aquel momento. No encontraba las fuerzas necesarias para levantarme de la cama y separarme de él, ni palabras adecuadas para decirle adiós. Pero tampoco quería esperar a que Lucas despertara y me dijera lo que yo ya sabía. Estaba hecho, y yo me moría de miedo al pensar que habíamos quemado el último cartucho.

Me deslicé fuera de la cama y recogí mi ropa del suelo. Abandoné la habitación con las lágrimas asomando a mis ojos y la certidumbre de que todos los días de mi vida no serían suficientes para olvidarme de él.

7

Tras regresar al apartamento, había recogido mis cosas y obligado a mi amiga a llevarme al aeropuerto inmediatamente, asegurándole que necesitaba salir de allí cuanto antes. Ella había accedido al comprobar mi lamentable estado, aunque podía ver las preguntas que se acumulaban tras sus ojos.

—Me he acostado con Lucas —confesé, mientras metía mi equipaje en el maletero del coche.

—Eso es ¿malo? —aventuró ella, enarcando las cejas. Negué con la cabeza—. ¿Y por qué estás huyendo en mitad de la noche como si lo fuera?

—No soy una ingenua, Lola. No voy a quedarme aquí esperando a que toque a mi puerta y me diga que quiere pasar el resto de su vida a mi lado —repliqué con sarcasmo.

—No tiene por qué ser así.

—Solo trato de facilitarle las cosas.

—No puedo creer que seas tan cobarde.

No quise escucharla. Aferrarme a la idea de que lo nuestro podía ser distinto para Lucas suponía darle la posibilidad de destruirme si no era así. El pavor a ver indiferencia en sus ojos no dejaba espacio en mi cabeza para ningún otro pensamiento.

—¿Y qué se supone que tengo que decirle cuando venga a buscarte?

—No vendrá —le aseguré.

Lola suspiró.

—Espero que sepas lo que haces.

Una vez en Barajas, encendí el móvil y me entraron una decena de llamadas perdidas, todas de Lucas. El teléfono vibró en mi mano. Tomé aire y pulsé el botón de descolgar. La voz de Lucas tronó en mi oído sin darme opción a contestar.

—¿Dónde demonios estás?

—En Madrid —afirmé con fingida naturalidad.

—¿Y qué estás haciendo ahí?

—Vivo aquí, Lucas.

Farfulló una maldición e inspiró con fuerza.

—Tenemos que hablar, Ari.

—¿De qué? —pregunté, simulando que lo sucedido no tenía mayor

importancia.

—No intentes hacerme creer que no recuerdas lo de hace unas horas porque no voy a tragármelo.

—Lucas, somos amigos —le aseguré, y un dolor sordo se instaló en mi pecho—. No tiene por qué cambiar nada entre...

—¿Amigos? —me interrumpió—. No me dio esa sensación anoche, cuando gemías bajo mi cuerpo.

Recordarlo me aceleró el pulso. Apreté con fuerza el teléfono, tratando de calmarme.

—¿Me estás echando en cara que me acostara contigo?

Él ignoró mi pregunta.

—¿Estás enfadada conmigo, Ari? Me he despertado y no estabas, y no conseguía localizarte...

—Nada va a cambiar —repetí, sin saber qué más decir.

—Mi vuelo sale esta tarde, podríamos cenar juntos y hablar—sugirió él, y se me hizo un nudo en la garganta solo de pensar en tenerlo delante y no poder tocarlo.

—He quedado con Alba para ponernos al día —mentí—. Nos vemos mañana en clase.

—Dime que bailarás conmigo, Ari —suplicó con tono atormentado—. Dímelo.

—Adiós, Lucas.

Colgué sin esperar su respuesta. Aunque Lucas tratara de suavizarme el mal trago, yo sabía que mantener las apariencias de nuestra amistad iba a resultar una tarea ardua y agotadora.

No le conté nada a Alba al llegar a casa. Una vez más, enterré los recuerdos en el fondo de mi alma, creyendo ser capaz de hacerlos desaparecer. Me metí en la cama alegando que apenas había dormido durante las vacaciones y pasé el resto del día escondida bajo el edredón.

Lucas no apareció por la facultad al día siguiente, ni el resto de la semana. Y yo me sumí en la rutina del inicio del curso: nuevas asignaturas, nuevos profesores. En las clases que compartíamos permanecía mirando la puerta, esperando verle entrar y que me iluminara el día con su sonrisa. Pero eso no sucedió.

Empezaba a arrepentirme de haber claudicado a mi deseo por él. Si perdía a Lucas como amigo, una parte de mí se apagaría junto con nuestra amistad. Habíamos pasado juntos infinidad de momentos, de esos que con

el paso del tiempo se graban a fuego en tu memoria, de esos que aunque lo intentes nunca consigues olvidar.

La primera vez que lo vi, Lucas trataba de mantenerse despierto en clase de Estadística. Yo llegaba tarde y mis ojos se desviaron hacia él en cuanto atravesé la puerta de acceso al aula. Se sujetaba la cabeza con las manos y miraba fijamente al profesor, aunque era obvio que no le prestaba la más mínima atención. Ni siquiera se molestaba en tomar apuntes.

Noches más tarde, me sorprendí al coincidir con él en un pub cercano al campus, donde Lucas trabajaba como camarero y repartía copas al mismo tiempo que sonrisas. Era imposible no fijarse en él. En aquel momento, yo ya me había propuesto mantenerme lo más alejada posible de los chicos en general, y de los ligones de sonrisa perfecta en particular. Y ese era precisamente su caso.

Durante toda la noche, cada vez que me acercaba a la barra y le pedía una bebida, Lucas había insistido en invitarme, y en todas las ocasiones yo me había negado a aceptar. Viendo que no accedía, había saltado por encima de la barra para arrodillarse frente a mí y rogarme que bailara con él.

—Dime que bailarás conmigo, Ariadna —gritó por encima de la música.

Me sorprendió que conociera mi nombre. Todo el mundo nos miraba y su jefe le reclamaba que volviera a su puesto de trabajo, por lo que para quitármelo de encima contesté casi sin pensar:

—Antes de que digas adiós.

Justo cuando el local se disponía a cerrar sus puertas, Lucas me había obligado a cumplir mi palabra. Y desde aquel momento esas dos frases se habían convertido en un ritual para nosotros.

Entré en la cafetería de la facultad, en busca de mi dosis diaria de cafeína, y me senté en una de las mesas. Las primeras semanas siempre resultaban caóticas. Las conversaciones se dividían entre los que relataban con melancolía sus aventuras durante el verano y los que gruñían sobre horarios maratonianos, temarios y asignaturas pendientes.

Mientras tanto, yo me abstraía de todo observando con fijeza la carpeta casi vacía que tenía frente a mí, la misma que al final de curso apenas sería capaz de cerrar. No me di cuenta de que Alba se encontraba a mi lado hasta que dejó caer sus libros delante de mis narices.

—No me habías contado que Lucas y tú... —Mi mente se desconectó a partir de ese punto de la frase.

Parpadeé para centrar mi atención en ella.

—¿Qué?

—Viste a Lucas en Tenerife. —No me lo estaba preguntando, y yo no había dicho una palabra a nadie.

Me removí nerviosa en el asiento.

—Sí —admití. Traté de sonreír pero me salió una mueca.

Alba arrastró una silla y se sentó. Tamborileó con los dedos sobre la mesa y me estudió con detenimiento.

—¿Por qué no me lo habías contado?

—No me pareció importante —contesté, encogiéndome de hombros.

Mi compañera de piso suspiró varias veces. Abrió la boca como si fuera a decir algo y volvió a cerrarla. Alcé las cejas, esperando a que se decidiera a soltar de una vez lo que quiera que hubiera venido a decirme.

—¿Pasó algo... entre vosotros? —La cautela con la que formuló la pregunta me dio a entender que ya conocía la respuesta.

—¿Cómo te has enterado, Alba?

Su silencio solo contribuyó a aumentar mi nerviosismo. Miré a mi alrededor y maldije por no haber prestado oídos a las conversaciones y rumores que llenaban la sala. Alba puso los ojos en blanco al percibir mi inquietud.

—No lo sabe nadie más —puntualizó para tranquilizarme—. Bueno, sí que lo sabe alguien...

—¡Quieres soltarlo ya! —la interrumpí, alzando la voz más de lo que hubiera deseado.

Algunos de mis compañeros volvieron la cabeza hacia nuestra mesa. Alba soltó una risita al ver cómo me encogía en el asiento.

—Carlos va a matarme por esto —murmuró mi amiga en voz baja, aunque no tanto como para que no pudiera escucharla.

—¿Carlos? —Cada vez entendía menos de qué iba todo aquello.

Alba se inclinó en mi dirección y yo imité su gesto. Nuestras cabezas quedaron a unos pocos centímetros de distancia.

—El compañero de piso de Lucas. Él y yo...

—¡Carlos y tú! —exclamé, comprendiendo al fin lo que se resistía a confesar.

Alba esbozó una mueca de disgusto.

—Puedes airearlo un poco más, creo que los de la mesa del fondo no se han enterado.

Ahora entendía por qué Alba no había querido acompañarme a Tenerife, tenía planes mejores.

—Me alegro muchísimo por ti, pero no entiendo qué tiene que ver todo esto conmigo.

Chasqueó la lengua, exasperada por mi impaciencia.

—¿Estás al tanto del problema de timidez de Carlos?

Asentí. Cuando lo conocí, pasé varias semanas burlándome de Lucas y su compañero de piso fantasma; siempre que visitaba a mi amigo, Carlos desaparecía por arte de magia. Me costó dos meses que se sentara a comer una pizza con nosotros.

—Bien, pues no te imaginas cómo se transforma bajo las sábanas —añadió, con expresión soñadora.

—Ahórrame los detalles —le pedí—. Al grano, Alba, por favor.

Puso de nuevo los ojos en blanco y yo estuve tentada de sacárselos con la cucharilla del café para que dejara de hacerlo.

—Ari, la has cagado con Lucas —soltó a bocajarro.

—¿Para eso tanto misterio? Dime algo que yo no sepa.

Ella cabeceó y se pinzó el puente de la nariz con los dedos.

—Dime tú que no es verdad que huiste como una delincuente después de acostarte con él, con nocturnidad y alevosía, además.

No suelo ruborizarme, pero el calor que emanaba de mi rostro me convenció de que mis mejillas se habían tornado rojo escarlata.

—No te hacía tan cobarde.

—Te sorprenderías.

—Deberías haberte quedado —me reprochó con dureza.

—¿Para qué? ¿Para oírle decir eso de «no eres tú, soy yo» o algo similar? —me defendí.

—No puedo creer que tengas que enterarte de esto por mí —gruñó, incómoda—. No, Ari, para que Lucas pudiera confesarte que lleva meses enamorado de ti.

Debí poner cara de póquer, porque Alba alzó las manos y negó con la cabeza para dar a entender que ella solo me contaba lo que sabía.

«No, no, no», gemí mentalmente. Si resultaba ser verdad, había metido la pata hasta el fondo. No me extrañaba que Lucas no diera señales de vida. ¡Lo había despreciado! ¡Fingí que hacer el amor con él no había significado nada para mí!

La voz sensata, a la que no había echado de menos en absoluto,

reapareció en mi cabeza. Si Alba se equivocaba, si yo me permitía albergar la ilusión de que Lucas y yo podíamos estar juntos y luego todo se trataba de un malentendido, no lo superaría. La caída sería demoledora.

—Lleva toda la semana sin salir de casa salvo para ir al trabajo, y ha pedido el traslado de expediente a otra universidad.

—A la mierda —mascullé para mí misma.

Si existía la mínima posibilidad de que estuviéramos juntos, iba a aferrarme a ella hasta las últimas consecuencias. No pensaba dejar que Lucas saliera de mi vida.

La voz de Alba me devolvió a la realidad.

—¿Has entrado en shock?

—¿Dónde está Lucas? —la interrogué, poniéndome de pie y recogiendo mis cosas.

—No tengo las respuestas a todas tus preguntas, *joven padawan* —se burló mi amiga.

La atravesé con la mirada, odiando que sacara a relucir su vena friki en ese preciso momento. Saqué mi teléfono y dejé pulsado el uno hasta que el número de Lucas apareció en pantalla. Un tono, dos, tres, cuatro, y saltó el buzón.

Me di la vuelta y eché a correr por la cafetería, como si esta hubiera estallado en llamas. A mitad de camino, volví apresuradamente sobre mis pasos y abracé con fuerza a mi amiga.

—Gracias, Alba.

—Acaba con él, nena —me animó riendo.

—Es lo único que deseo —grité, ya en dirección a la salida.

8

El piso de Lucas se encontraba a diez minutos a pie de nuestra facultad. Yo tardé cuatro en llegar. Apenas podía respirar y, a mitad de camino, un pinchazo se había instalado en mi costado derecho. Parada frente al edificio, hice todo lo posible por llevar aire a mis pulmones de forma normal y dejar de boquear como un pez.

Me encaré con el portero automático y mi dedo acarició el botón del segundo izquierda. La resolución que me había llevado hasta allí flaqueó. No pensaba echarme atrás, pero ¿qué iba a decirle a Lucas? Ambos nos habíamos negado a dar un paso adelante en nuestra relación durante meses, escondiéndonos el uno del otro. Necesitaba empujarlo con tanta fuerza hacia mí que no fuera capaz de echarse atrás. Eso, claro está, si era verdad que estaba enamorado de mí. Aparté aquel pensamiento negativo y sonreí cuando una idea fue tomando forma en mi cabeza.

Rebusqué en el bolso hasta dar con el móvil y marqué el número de mi compañera de piso.

—¿Sabes si Lucas trabaja esta noche? —le pregunté de forma precipitada cuando descolgó.

—Creo que sí, pero puedo preguntarle a Carlos.

—Hazlo —le pedí—. Y necesitaré tu ayuda. Tengo un plan.

Alba había accedido a ayudarme cuando le supliqué que llamara a su exnovio, compañero de trabajo de Lucas, para pedirle un pequeño favor. Aunque a cambio tuve que prometer que me encargaría de todas las tareas de la casa durante dos meses. El tipo aceptó encantado, así que me marché directa a casa para prepararme. Si iba a cometer una locura, al menos la cometería enfundada en el vestido más corto que pudiera encontrar en mi armario.

Al final, me decanté por un palabra de honor ceñido y de color azul eléctrico. La zona del pecho estaba rodeada de gasa negra, que caía también sobre el resto del cuerpo. No lo había estrenado a la espera de una ocasión adecuada. Si esta no lo era, no lo sería ninguna. Me calcé unos tacones negros de aguja y me miré al espejo.

Era consciente de que iba demasiado arreglada para un jueves por la tarde, pero viendo lo bien que me sentaba, el protocolo en cuanto a la vestimenta en un bar universitario se podía ir al infierno. Me solté el pelo,

derramando una cascada de ondas sobre mi espalda, y me maquillé con moderación.

Para cuando llegué al bar era un manojo de nervios. Aquella noche podía convertirse en la mejor de mi existencia o en un infierno en vida. Eché un vistazo rápido para asegurarme de que Lucas no estaba cerca y me deslicé con sigilo en el interior. El portero me miró de hito en hito cuando me oculté en la esquina que quedaba en sombras junto a la entrada. El plan era permanecer allí, escondida en lo alto de las escaleras, hasta que dieran las nueve de la noche. A esa hora, Jota, el ex de Alba, tendría que cumplir con su parte.

«Cinco minutos, solo son cinco minutos», me repetí.

Paseé la vista por el local y el corazón me dio un vuelco cuando vi a Lucas tras la barra. Llevaba una camiseta y vaqueros negros, y el pelo tan despeinado que me hizo sonreír. Atendía a dos chicas bastante más interesadas en él que en lo que les estaba sirviendo, aunque su expresión era seria y taciturna.

«Está triste, eso es bueno», argumentó mi yo sensato. Me mordí la lengua para no gritarle que se callase.

Esperé y esperé, tratando de no mirar el reloj cada dos segundos, mientras el bar no dejaba de llenarse de gente, incluyendo compañeros y conocidos de la facultad. Una hora más tarde, Jota apareció a mi lado y a punto estuve de empujarlo escaleras abajo para que se rompiera la crisma.

—Puntualidad —rezongué—. ¿Quieres que te explique lo que significa?

—Creí que te serviría de aliciente tener un buen público —comentó con malicia, señalando la sala abarrotada.

—Hazlo antes de que me arrepienta.

—Esto va a resultar divertido.

Depositó un objeto en mi mano y se dirigió hasta donde se encontraba el equipo de sonido. El volumen de la canción que estaba sonando descendió.

—Esta noche tenemos una petición musical muy especial. —La voz de Jota se escuchó alta y clara por toda la sala. Tragué saliva con dificultad—. Ya sabéis que normalmente no aceptamos solicitudes de este tipo, pero hoy vamos a hacer una excepción porque creemos que la ocasión lo merece.

Todos los camareros, incluido Lucas, dejaron lo que estaban haciendo y se volvieron sorprendidos hacia Jota. A su vez, entre los clientes se extendió un murmullo expectante.

—Todo tuyo, Ari —concluyó Jota.

Desde donde estaba observé a Lucas recorrer las caras de quienes le rodeaban en cuanto escuchó mi nombre.

Los primeros acordes de guitarra de *Dame*, de Revólver, retumbaron a través de los altavoces. Conocía la letra de memoria porque fue la canción que bailé con Lucas cuando nos conocimos en aquel mismo lugar. Aunque tendría que realizar algún ajuste sobre la marcha. Recé para no quedarme sin voz y fijé la vista en él, situándome sobre el primer escalón y agarrando con fuerza el micrófono.

Las luces se fueron atenuando, salvo los focos situados sobre él y los de la zona de acceso, donde yo me encontraba. Lucas me descubrió por fin y clavó su mirada en mí. Tuve que concentrarme para descender un escalón tras otro y no tropezar.

Lucas permanecía inmóvil, mirándome con la boca abierta. Al menos estaba sorprendido. Bueno, él, el resto de camareros y todos los clientes del bar.

Una vez entre la multitud, enfilé con decisión hacia el comienzo del mostrador. Él saltó sobre la barra para no perderme de vista. Sonreía de oreja a oreja. Envalentonada, tomé del brazo a un chico y le indiqué con la mano uno de los taburetes. Enseguida entendió lo que quería y me ayudó a subir.

La gente fue apartando sus bebidas mientras yo avanzaba contoneándome en dirección a Lucas. Mi corazón estaba a punto de explotar, pero no dejé de cantar. Todas las miradas estaban clavadas en nosotros.

Me detuve a un metro escaso de su cuerpo. Él soltó una carcajada y se le iluminó la cara al observarme bailar delante suyo. La adoración brillaba en sus ojos. Le amaba, le amaba como jamás había amado a nadie.

Dame una noche de tu vida.

Dame unas horas de tu amor.

*Dame una noche de tu vida y mañana
prohibido el decir adiós.*

—Dame una noche de tu vida —repetí, a pesar de que la canción ya había terminado—. Dame unas horas de tu amor. Dame una noche de tu vida y mañana prohibido el decir adiós.

La sala estalló en aplausos y vítores. Las rodillas comenzaron a temblarme en cuanto me quedé quieta. Si Lucas no decía algo pronto, estaba segura de que me desmayaría.

—¿Solo una noche? —me interrogó divertido, tomándose la cara con las manos.

Comprendí lo que me estaba preguntando.

—No pienso... volver a decirte... adiós —contesté con la voz entrecortada.

Su boca buscó la mía. Me besó sin contenerse, volcando en aquel beso todo lo que sentía por mí y haciéndome olvidar que varias decenas de personas nos estaban observando. Su lengua se entrelazó con la mía y me apretó con fuerza contra su cuerpo. Me separé de él lo justo para respirar, pero Lucas colocó una mano sobre mi nuca para atraerme de nuevo hacia sí y volvió a besarme. Se escucharon varios silbidos cuando sus manos descendieron por mis caderas.

A regañadientes, Lucas mordisqueó una última vez mis labios.

—Esto es lo más alucinante que nadie ha hecho por mí nunca —murmuró contra mi boca—. Te quiero, Ari. Te quiero, te quiero, te quiero...

Una gran sonrisa se dibujó en mi cara. Y las voces de mi cabeza se unieron a las ovaciones que lanzaba la gente que nos rodeaba.

9

Mi actuación resultó más convincente de lo que me había atrevido a soñar. Lucas acababa de declararme su amor sobre la barra de un bar, el mismo en el que nos habíamos conocido, y con un público de lo más entregado, que no dejó de aplaudirnos ni siquiera cuando Lucas bajó del mostrador y me tomó en brazos para depositarme en el suelo.

Su jefe le dio el resto de la noche libre y nos invitó a que disfrutásemos del ambiente inmejorable que nosotros mismos habíamos generado en el local. Ni que decir tiene que declinamos la oferta cortésmente, impacientes por refugiarnos en algún sitio más íntimo. Nuestro cupo de exhibicionismo había quedado cubierto para una larga temporada.

Lucas no paraba de sonreír y yo no terminaba de creérmelo. Una cantidad ingente de preguntas se agolpaban en mi boca, quería saber el porqué de todas las cosas que habían sucedido y que me explicara su rechazo el día de mi cumpleaños. Una imagen de Lidia, con la boca contra su cuello, disipó en parte la nube de felicidad que me rodeaba.

Mi expresión debió delatarme porque Lucas ciñó mi cintura con más fuerza, como si pensara que iba a volver a darme a la fuga en cualquier momento.

—Ni lo intentes —me advirtió, mientras apretaba el paso en dirección a su casa.

«No se te ocurra acojonarte ahora, amenazaron las voces de mi cabeza». Y, por una vez, me esforcé al máximo por seguir su consejo.

En cuanto traspasamos el portal del edificio, Lucas me arrinconó contra una pared. Fue deslizándose su boca desde mi hombro hasta mi cuello, dejando un rastro cálido de besos tras de sí. La piel se me erizó al contacto con sus labios húmedos y mis piernas amenazaron con no seguir sosteniéndome.

—Esta vez no voy a permitir que huyas —afirmó Lucas. Tenía las mejillas encendidas y una expresión de feroz determinación que no daba opción a replica. Tiró de mí para meterme en el ascensor—. No habrá más despedidas ni más adioses. Nunca más.

Me besó con extremada dulzura durante el tiempo que tardamos en llegar hasta su habitación. Y yo pensé que mi cuerpo terminaría por fundirse bajo el calor que emanaba de su piel. Su dormitorio trajo a mi

mente los recuerdos de los que había tratado de deshacerme, con poco éxito al parecer, despertando un cosquilleo en la parte inferior de mi vientre.

Lucas fue a sentarse sobre la cama y mi alma pareció encogerse por la separación.

—No vas a irte, ¿verdad? —pregunté, recordando lo que Alba había dicho sobre su traslado.

Negó con un gesto y yo suspiré aliviada.

—Te quiero desde hace mucho, Ari —susurró con la cabeza gacha—. Creo que te quise desde el mismo instante en el que te vi entrar en clase de Estadística, sofocada por la carrera y avergonzada por llegar tarde el primer día. Solo que no quería aceptarlo.

Acorté la distancia entre nosotros y alcé su barbilla con delicadeza, obligándolo a mirarme.

—Pensaba que ese día ni siquiera te habías fijado en mí.

—No quería fijarme en ti —admitió con una sonrisa—. La primera vez que bailaste conmigo, te pasaste toda la canción frunciendo el ceño y tratando de mantener las distancias. Y a pesar de ello, me mirabas con tanta ternura que supe que no habría manera de acercarse a ti. No de la manera en que yo quería acercarme —aclaró, estrechándome las manos entre las suyas.

—Lucas, pero tú... —comencé, sin saber cómo interrogarle acerca de la interminable lista de conquistas y no parecer una neurótica.

—Me obligué a ser tu amigo, Ari, porque me pareció que eso era lo que necesitabas.

—¿También necesitaba que te acostaras cada noche con una chica distinta? —le reproché, incapaz de morderme la lengua.

Lucas cabeceó, negando en silencio.

—No me he acostado con nadie desde esa noche, Ari. Salvo contigo.

—Te he visto, Lucas. —Sus cejas se arquearon—. Vale, no te he visto. Pero ¿me vas a negar que, tras bailar conmigo, te has marchado de multitud de fiestas de la mano de otra chica?

—Sabía que mientras no me consideraras un peligro para ti, me permitirías estar a tu lado. Ari, te he visto huir de cualquier tío que se te acercara para pedirte fuego por miedo a que intentara ligar contigo.

—Ahora me dirás que te enrollabas con ellas para estar cerca de mí —aseguré, sin terminar de creerme lo que me contaba.

Lucas se levantó y me agarró por los hombros.

—¿A cuántas me has visto besar? Y hablo de besos de verdad.

Hice memoria. Le había visto tontear con chicas en innumerables ocasiones, y marcharse luego con ellas en otras tantas, pero nunca besarse con ninguna en público; había dado por supuesto que Lucas reservaba sus atenciones para la intimidad. Él nunca hablaba conmigo sobre sus citas, y yo tampoco preguntaba.

—Lidia —pronuncié con rabia.

—No besé a Lidia. Ella me besaba a mí, y ni siquiera lo hacía en la boca —puntualizó—. Y tú estabas bastante ocupada dándote el lote con Eric.

«No puedo creer que estemos hablando de esto», pensé. No hacía ni media hora que nos habíamos dicho «te quiero» por primera vez y ya nos tirábamos los trastos a la cabeza.

—No es asunto mío, no tienes que darme explicaciones —farfullé, y fui hasta la ventana, alejándome de él.

—No te apartes de mi lado, Ari. —Cerré los ojos al escuchar su tono suplicante—. No puedo soportarlo.

Apyé la frente contra el cristal y me maldije en silencio por haber abierto la caja de los truenos.

—Te daré todas las explicaciones que necesites si eso te hace sentir mejor. Dime lo que quieres de mí —rogó, mientras me forzaba a darme la vuelta.

¿Qué demonios estaba haciendo? ¿Por qué me entretenía hurgando en el pasado cuando Lucas estaba ante mí diciéndome que me amaba?

—Mi voluntad solo ha flaqueado una vez desde que te conocí, y fue el día de tu cumpleaños. Estabas allí, bailando sobre la mesa, y no podía dejar de pensar en cómo sería tener tu cuerpo bajo el mío, moviéndose de la forma en que lo estabas haciendo. Y cuando escuché la apuesta de Alba... Creía que iba a volverme loco...

—Pero...

—Te rechacé —concluyó él por mí—. Ambos habíamos bebido. No quería que la primera vez que hiciéramos el amor fuese así. Necesitaba estar seguro de que era lo que tú querías.

—Mierda, Lucas. ¿Tienes respuestas para todo?

—Para todo lo que necesitas saber. Llevo planeando esto demasiado tiempo —aseguró, y mi corazón latió durante un instante a destiempo—. Y créeme, ese día estuve muy cerca de echarlo todo por la borda. No

imaginas el esfuerzo que tuve que hacer para alejarme de ti.

—No me das muchas opciones —bromeé, rindiéndome ante él. Enlacé los brazos alrededor de su cuello y me perdí en sus ojos esmeralda.

—Esa es la idea.

—Me gusta —admití.

Lucas se inclinó hacia mí como si fuera a besarme, pero se limitó a rozar mis labios.

—Solo me importas tú, Ari. Siempre has sido tú.

Y con esa sencilla confesión, me di cuenta de que lo único que me había separado de Lucas hasta ahora había resultado ser mi miedo a conseguirlo.

Epílogo

—¿Es realmente necesario?

—Sí —afirmó Alba.

—No —negó a su vez Lucas, furioso.

—Es la tradición —insistió mi amiga por décima vez—. Pensaba que después del numerito de hace unos meses habías superado el pánico escénico.

Desde mi espectacular declaración habían pasado cinco meses, aunque todavía se hablaba de ello en la facultad. Lucas y yo no habíamos vuelto a separarnos desde entonces. Su adoración por mí había crecido con el paso de los días, y mi amor por él no volvió a tambalearse por el miedo ni las dudas. Pero si algo no había cambiado era el afán protector de Lucas.

—Es tu cumpleaños, Ari —me recordó Alba—. Será divertido.

—Sí, divertido para ellos —le recriminó Lucas, señalando a los chicos repartidos por el salón de su casa.

Contuve las carcajadas al ver su expresión malhumorada. Tomé su cara entre mis manos para obligarlo a mirarme.

—¿Estás celoso, Lucas? —Negó con la cabeza—. Bien, porque a la mayoría de las chicas de esta fiesta no les hace falta que te subas a una mesa para desearte, y yo puedo vivir con eso.

—Me da igual a quién deseen las demás. Me importa a quién desees tú.

En realidad, yo sabía que Lucas no estaba enfadado, ni siquiera molesto. Pero le encantaba oírme repetir cuánto lo quería.

—Soy tuya, Lucas. Te amo y te deseo a ti. Solo a ti.

Ronroneó con satisfacción mientras me acariciaba el cuello con la nariz.

—¿No os iréis a poner tontos ahora, verdad? —exclamó mi amiga al ver que habíamos dejado de prestarle atención.

Me tragué las ganas que tenía de llevarme a Lucas a la habitación y me separé de él.

—Está bien. Cumpliré la tradición si Lucas lo hace conmigo. Me refiero a bailar —les aclaré. Ambos tenían tendencia a jugar con las palabras.

Mi amiga sonrió complacida por la proposición y se sacó el móvil del bolsillo.

—Necesito un documento gráfico de esto.

La ignoré y me giré hacia Lucas.

—Dime que bailarás conmigo —le rogué, a sabiendas de que usando esa frase sería incapaz de negarse.

El rostro de Lucas se transformó por completo. Aferró mi cintura para acercarme a él y me acomodó contra su pecho.

—Siempre, Ari. Bailaré contigo siempre.

Agradecimientos

Siempre, siempre a Daniel, mi pareja, por creer en mí. A mis chicas beta: Eva María Rendón y Nidia Jiménez que leen todo lo que pongo en sus manos y me animan a continuar escribiendo. Gracias por vuestro entusiasmo.

A Laura Morales, que se enamoró de Lucas casi tan rápido como yo. A Bea Magaña, por su ojo de halcón y su inestimable ayuda. Y a la escritora Connie Jett, por no dudar en prestarme su apoyo ni un segundo.

A Teresa Rodríguez, mi editora, por sus sugerencias y su apoyo. Y a Borja, que le ha puesto cara a esta novela de la mejor de las maneras.

Y como no podía ser de otra forma, a Revólver, porque sus canciones no solo dieron forma a esta historia, sino que cada una de ellas podría inspirar una novela diferente.

Table of Contents

[Créditos](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

Table of Contents

[Créditos](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)